



## PARÁBOLA DE LOS JORNALEROS Mateo 20,1-16



### Canto

### Introducción

#### Lector 1

El texto evangélico que nos toca hoy estudiar, lo coloca Mateo después del episodio del Joven rico que vimos la semana pasada. Después que el joven rico se fue triste, Pedro le preguntó a Jesús: -“Y a nosotros que lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿Qué nos espera?” porque seguramente lo que esperaba Pedro y sus compañeros era una buena recompensa del cielo.

Por eso Mateo, en esta parábola quiere dar a entender a su comunidad que en el Reino de Dios, los pagos y las recompensas no se rigen según leyes y justicia humanas sino por la GRATUIDAD porque Dios mismo es DON GRATUITO que se derrama sin medida.

Vamos a leer y meditar esta parábola con gran atención porque no es una historia fácil de entender.

#### Lector 2 Lectura del Evangelio (Mateo 20,1-16)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El Reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: -Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido.

Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: -¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar? Le respondieron: -Nadie nos ha contratado. El les dijo: -



Id también vosotros a mi viña. Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: - Llama a los jornaleros y

páguales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.

Vinieron los del atardecer, y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: -Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno.

El replicó a uno de ellos: -Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.

## Releamos en silencio este evangelio

¿Nos hemos enterado de esta historia?

Vamos a contarla de nuevo entre todos:

- ¿Qué hizo el dueño de la viña?
- ¿Cuántas veces salió a contratar trabajado
- ¿Cuál es la paga que acordó con los primeros?
- ¿Por qué fue buscando a más gente durante todo el día?
- ¿Qué situación vivían muchos hombres de aquel pueblo?
- ¿Por qué empieza por los últimos para darles la paga?
- ¿Cuál fue la reacción de los primeros en ir al trabajo?
- ¿Qué les contesta el dueño de la viña?



Seguimos analizando el texto sin salir de él.

- ¿Qué opinión tenéis de los trabajadores que protestan?
- ¿Y qué pensáis del Dueño de la viña?

### ESTE EVANGELIO HOY PARA NOSOTROS

- ¿Qué simboliza la viña? ¿y qué se cultiva en ella?
- ¿Quién es su Dueño?
- ¿Quiénes son los trabajadores?



- ¿Cuáles son los de la primera hora?
- ¿Cuáles son los de la última hora?
- ¿Quiénes son los “parados” de nuestro mundo?

## Lector 3

## Comentarios

### La Viña y su Dueño

La Viña es el Reino de Dios en nuestro mundo. Dios es el dueño y necesita colaboradores para que su viña dé frutos de calidad: el vino de la paz, la alegría y el amor...

### ¿Me siento necesario en esta parcela de la viña del Señor que es el centro penitenciario?

Cada uno tiene que ofrecer lo que tiene y lo que puede porque el fruto no depende de nosotros sino de Dios. Ninguna actividad vale más que otra o es más importante que otra. Lo que da valor a lo que hacemos, a los ojos de Dios es.....¿lo sabéis?

### Los trabajadores

Los hay de primera hora, otros de más tarde y otros de última hora. Cada uno podríamos interpretar de diferente manera estas clases de trabajadores:

Quizá podríamos decir que los de primera hora son aquellas personas que desde su más tierna infancia y juventud han estado en contacto con Dios de alguna manera y han sido educadas en un ambiente sano y religioso dedicando toda su vida, con sus altos y bajos, al servicio del Señor.

Otras personas se han convertido más tarde y otras casi al final de una vida inútil y desperdiciada.

Existen muchos “parados” en la vida: gente olvidada de todos, marginada, sufriendo una vida de pobreza, miseria, degradación y esclavitud, sin dignidad. Dios tiene en cuenta su situación y la une al sacrificio de Jesús. Por tanto, sin que ellos mismos se den cuenta, su vida tiene mucho valor y es muy preciosa a los ojos de Dios que a su tiempo les dará la recompensa.



Otros “parados” en la vida espiritual son aquellas personas que viven dormidas sin encontrar ni buscar un sentido profundo a su vida. Vejetan de un lado a otro, desorientadas, sin fe en nada, solo preocupados de su propio bienestar...y llegando hasta la delincuencia sistemática. Pero Dios los busca para despertarlos y un día, la desgracia, la enfermedad, los contratiempos...les hacen abrir los ojos y

preguntarse: -"Yo...¿Qué hago con esta vida que llevo?" y desde el pozo donde estaban hundidos se levantan y se convierten de su mala vida.

Este fue el caso de **ALBERT WENSBOROUGH** cuya historia os repartí el día pasado y que quizá todos hayamos leído ya. Dios lo sacó de su letargo y en un instante lo convirtió en otro hombre...



**¿Qué impresión habéis sacado de esta lectura tan dramática?**

**¿Queréis comentar algo sobre ella?**

[Clik >> resumen libro](#)

**Lector 4**

**El salario**

El dueño de la viña comienza a pagar por los últimos con quienes no ha contratado ningún sueldo; es decir, les regala el jornal que ni les ha prometido, ni ellos tampoco se lo han ganado porque apenas han trabajado una hora. A la protesta de los primeros les responde el Amo:

-“Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No hemos pactado un denario? yo ya he cumplido, ahora respeta tú mi gracia, ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que yo quiera con mis dones? Déjame ser Dios. No quieras domesticarme y hacerme como vosotros que siempre andáis midiendo y calculando...Déjame ser generoso, rico en perdón y en regalar mis bienes y dones. Mis caminos no son vuestros caminos ni mis planes vuestros planes. Yo soy Dios, vosotros, hombres...”

Nosotros estamos acostumbrados a exigir nuestros derechos, a establecer diferencias, hacer comparaciones entre unos y otros, a dar para que nos den, a ser competitivos y luchar por ser los primeros, a prescindir de las necesidades de los demás con tal de sacar provecho para nosotros.

Dios no es así sino todo lo contrario. Se da sin medir y sin contar, sin hacer diferencias. “Aunque tus pecados sean como la grana los volveré blancos como la nieve” dice por boca del profeta Isaías.

Dios lo da todo gratis, no porque merezcamos nada sino porque Él es bueno y nos quiere. No nos salvamos por nuestros méritos sino por su bondad.

No hemos de ser buenos para salvarnos sino que hemos de ser buenos por agradecimiento y en respuesta a Dios que nos salva.

A veces se oye decir a las personas: -“Tengo que hacer méritos para ir al cielo”...No es así. El cielo no lo merecemos. Lo recibimos gratis si nos abrimos al amor de Dios y respondemos a ese amor.

## Lector 5

### ¿Acaso tienes envidia porque yo soy bueno?

Ante Dios todos somos iguales. Él no hace comparaciones. Ama a cada uno como si solo él existiera en el planeta. Lo cual no impide que tenga predilección por los “últimos”, los que sufren la soledad, el rechazo, la marginación, la pobreza, el hambre. Éstos recibirán en la otra vida doble paga o triple...

Si queremos sentir con Dios no tendremos que sentir envidia de nadie sino que nos alegraremos de los dones y los bienes de los demás como si fueran nuestros. (Esto no vale para los bienes que resultan de la injusticia...)

Dicen que es más fácil entristecerse con las desgracias ajenas que alegrarse de su felicidad. No sé si es verdad...quizá haya excepciones y seguro que las hay.

El individualista solo busca su provecho. Los problemas ajenos le son indiferentes. En cambio el que ha superado el individualismo dando muerte al “ego” se siente “uno” con todos sus semejantes y con la Creación entera. Puede decir: “Yo no soy yo...Yo soy toda la Humanidad” y es porque se ha hecho “uno” con el UNO.

¿Cómo conseguir esto? Es imposible a nuestras solas fuerzas. Solo Dios puede hacerlo si le dejamos y quitamos impedimentos a su acción. Ordinariamente se toma su tiempo con paciencia pero otras veces actúa como el rayo y de un plumazo, de la noche a la mañana nos cambia, como le ocurrió a nuestro amigo Albert Wensbrough y otros muchos como él y antes que él...Agustín, Pablo. Ignacio de Loyola, Zaqueo...Manuel García Morente...y tantos otros.

**Hagamos**

**silencio**



**y**

**compartamos**

## POEMA

Tú revistes de música a los pájaros,  
alimentas con pétalos la piedra,  
introduces tu espíritu en mi barro  
y me coronas rey de la materia.  
Soy lo que Tú me has dado, nada es mío,  
y me reclamarás al fin los réditos.  
Soy lo que con tus dones he crecido  
y el ofrecermelo a Ti será mi mérito.  
Deseo que mi vida te prolongue,  
que Tú habites mi cuerpo en esta tierra,  
que en mi voz tu palabra inflame y logre  
encender nueva luz en las tinieblas.  
Y cuando me recibas en tu reino  
me mires a los ojos y sonrías,  
compruebes que ya es bueno tu universo  
porque tu voluntad está cumplida.

Emma Margarita Vallés



**¡¡SÍ, SEÑOR, ¡¡YA VAMOS!!**



**ALBERT WENSBOURGH**

Exbandido y monje en el monasterio de Maria Reina de la Paz en Inglaterra.

## **HISTORIA Y CONVERSIÓN DE UN PRESO EN INGLATERRA**

### **CONTADA POR ÉL MISMO**

#### **INFANCIA Y JUVENTUD DESGRACIADA**

Nací un 3 de diciembre de 1946 en una mañana helada en la ciudad de Kingston-Upón-Hull, en Yorkhire, Inglaterra. Tras un parto gemelar complicado, vi la luz junto a mi hermano mellizo a eso de las diez de la mañana.

Pero la vida no quiso sonreírme desde ese primer momento. A los siete meses fui entregado al orfanato del Doctor Barnados de Londres en donde permanecí hasta los dos años. Creo que fue a raíz de que mi padre muriera. O, al menos eso es lo que me contó mi madre cuando fui adulto. Yo siempre he tenido la sospecha de que nos abandonó...Pero ahora ya da igual. El caso es que, al desaparecer la figura paterna, mi madre se desesperó. Se cernía ante ella un futuro amenazador, con seis hijos a los que alimentar, dos de ellos bebés recién nacidos que, por lo visto, no paraban de llorar. Ante su desesperación, decidió lo que significó el primer paso hacia el calvario de mi vida y me dejó en aquel orfanato.

A los dos años me trasladaron de nuevo, esta vez más cerca de donde vivía mi madre, en el condado de Hull. Me admitieron en el Sailors Children Society, una especie de orfanato de donde me dejaban salir de vez en cuando para pasar temporadas cortas junto a ella.

Mi madre nunca tuvo una salud de roble. Sus constantes enfermedades me obligaron a vivir en un ir y venir del orfanato a casa y de casa al orfanato. Esto me produjo muchos problemas educativos, ya que no había manera humana de que me centrara en el colegio ni en los estudios.

Así transcurrieron los primeros años de mi infancia, con una madre a medias, orfanatos diferentes y mucha soledad. De ésa, demasiada. Apenas tengo noción de haber tenido contacto con gente cariñosa o atenta hacia mi persona en aquellos años. Aunque...ahora que lo pienso, tal vez recuerdo vagamente a una mujer...Sí, parece que la veo en lo más profundo de mi memoria.

En uno de esos horribles orfanatos había una buena mujer que solía abrazarme, cogerme en brazos y besarme. A veces me he preguntado qué habrá sido de ella...Supongo que un día de estos debería hurgar en el arcón de los recuerdos, entre mis papeles y buscar señas y ubicación de todos los orfanatos en los que viví, telefonar y reencontrar como un detective a aquella buena persona...¡Fíjate si debió calar en mi pequeña alma de niño, que aún la recuerdo como la única persona que me entregó ternura en esos años! Pero, ¿qué importa ya? Con toda

seguridad ya no se acordará de mi. Si es que aún existe, claro. ¡Han pasado tantos años!...Además yo no era el único en aquel lugar. ¡Oh no!

Desgraciadamente el orfanato estaba lleno de criaturas y así ¿cómo iba ella a poder recordar a un niño rubio y flacucho como tantos otros? Tampoco era tan joven en aquella época, así que ahora tendría...¿setenta años tal vez? Ni siquiera supe su nombre. Los orfanatos y los niños que viven en ellos son así; solo pequeños desconocidos que no saben ni cómo ni cuándo volverán a verse. No me sorprendería saber que muchos no llegaron a vivir demasiado.

¿Recuerdos de mi madre? todo es muy confuso...Me envuelve una extraña niebla cada vez que intento recordar esos momentos...

Tengo una vaga idea de la casa de mi madre, siempre llena de bultos y ropa sucia. Por ahí andaban mis cinco hermanos...No me gusta hablar de mi familia. Solo recordar los años vividos junto a ellos me abren viejas heridas...

Tuve dos hermanos varones, uno de ellos mi gemelo al que jamás conocí y tres hermanas con las que apenas he tenido relación. A excepción de mi gemelo, mis hermanos eran lo suficientemente mayores para cuidarnos a ambos cuando nos entregaron a los orfanatos en donde nos acogieron. Entonces solo teníamos siete meses. Un buen día mi madre decidió no recoger nunca más a mi gemelo. Ahí acabó mi relación con él. su nimia existencia salió de la mía y punto. Nunca más se volvió a mencionar el tema. Ni siquiera sé si se parece a mi, si somos idénticos. He querido pensar que era diferente.

Tampoco para mi fue fácil el camino, ya que, al negarse mis hermanos mayores a cuidarme, mi madre decidió dejarme en otro orfanato hasta que cumplí los once años. Dado este peculiar modo de encontrarnos por la vida no puedo decir que se desarrollara una relación fraternal normal entre nosotros. Incluso podría decir que ni siquiera de adulto pude introducirme en sus vidas. Reconozco que sentí hacia todos ellos un odio profundo durante muchos, demasiados años...Pero, desde que estoy en el monasterio, algo ha cambiado con respecto a mis sentimientos. He aprendido a perdonarlos y los he entregado a la misericordia de Cristo. ¡Solo así podré disfrutar de cierta paz! Ni siquiera sé si viven aún...Claro que esto último lo digo por mis hermanos ya que mis padres fueron otra historia...

De mi padre solo sé que desapareció en extrañas circunstancias justo antes de que mi madre nos enviase a los orfanatos a mi gemelo y a mi. Si murió o nos abandonó...ya no me importa. Gracias al cielo, ser una criatura de meses me evitó presenciar y recordar las palizas que le daba constantemente a mi madre así como su abuso con la bebida. Fue un alcohólico hasta su muerte. Esta información me fue dada en cuanto regresé a casa con once años. Mis hermanos se encargaron de contármela con pelos y señales, mientras mi madre me mantenía a duras penas, encerrada en su miseria y su terrible carácter. Jamás me sentí amado de mi familia. Me hicieron la existencia muy difícil y sufrí mucho hasta que, por fin, con quince años pude librarme de su compañía.

A mi me golpeaban mucho, sobre todo un familiar mucho mayor que yo. Un día, teniendo yo doce años me desnudó y me tocó impúdicamente. Ésa fue la primera vez que fui consciente de mi sexualidad. Me sentí humillado y profundamente ultrajado. Cuando ya había saciado sus apetitos no dudó en amenazarme con una inmensa paliza si se me ocurría contarle algo a nadie.

Lo cierto es que hasta los quince años mi vida familiar y mis andadas por los orfanatos tejieron una existencia muy turbulenta. Andaba saltando de un lado a otro hasta que, recién cumplidos esos quince años, se podría decir que me emancipé, pues decidí sin más ponerme a trabajar y olvidarme de la escuela. Encontré trabajo, no me costó nada. Al principio todo fue bien pero de pronto ocurrió algo...

## EMANCIPADO

Yo comencé a trabajar en la mar. Busqué trabajo en los muelles y pronto alguien me vio y me propuso un trabajo de pescador. Yo no tenía ninguna experiencia; era un crío asustado y desarraigado. En casa de mi madre y en los orfanatos no encontraba paz. De pronto me di cuenta de que tenía toda la vida por delante. Me creí fuerte y capaz de comerme el mundo, de ganar dinero, de dar en las narices a los amigos del barrio y aparcar las desgracias que soportaba en mi familia. Así que un buen día mi hice a la mar. Me subí a un pesquero de arenques llamado curiosamente "*San Marcos*" y navegábamos junto a otro idéntico de nombre "*San Mateo*". ¡Ahora me hace gracia! Por lo visto no solo el diablo me andaba persiguiendo en esos días, sino también Dios mismo a través de sus apóstoles...y al final...¡ganaron ellos!...¡tiene gracia!

Me embarqué pues lleno de ilusión. ¡al fin me podría independizar de mi terrible familia y alejarme durante una temporada de todos ellos! La idea de ser independiente me hizo sentir omnipotente, fuerte como el viento. Por fin sería un hombre hecho y derecho. No dependería de nadie, nada más que de las olas y de mis propias manos que a esos quince años eran ya rápidas y musculosas. Sin embargo, muy pronto se hizo realidad la peor de las pesadillas.

Estábamos navegando hacia las costas de Noruega. Recuerdo que el mar solía estar muy encolerizado en aquellas aguas. Vomitaba con frecuencia y el resto de los pescadores hacían de mí el blanco de sus burlas.

Yo compartía camarote con el cocinero y era precisamente con éste con quien me debía turnar para vigilar el barco mientras los demás descansaban.

Una tarde fui a descansar a mi camarote. Era mi turno de reposo y el cocinero marchó a su puesto. Estaba profundamente dormido cuando noté el frío filo de una navaja acariciarme el cuello. Me incorporé sobresaltado y me encontré cara a cara con uno de los pescadores, quien sonriendo lascivamente me dijo: -"si te mueves, te mato".

Quedé mudo de espanto. Se me escapó una leve lágrima al suponer lo que se me avecinaba pero no hubo tiempo para lamentaciones. Ese hombre corpulento y feroz, me agarró el pelo, me dio la vuelta y me violó brutal y salvajemente. Mi cabeza daba vueltas. Noté que la desesperación y el miedo me nublaban la vista y fui incapaz de emitir sonido alguno. Olía el terrible hedor que emanaba de aquel cuerpo que, tras de mí, me devoraba por dentro. Cuando por fin acabó de regodearse en su terrible pecado, me volteó hacia él y, clavándome una mirada que no podré olvidar jamás, me dijo: -"Si cuentas lo que acaba de ocurrir, nadie te creerá. Luego cuando duermas, vendré, te rajaré hasta sacarte todas las vísceras de tu hermoso cuerpo y con ellas alimentaré a los tiburones. Nadie sabrá jamás qué te ocurrió y ya me encargaré de no dejar pistas".

¿Qué podía hacer yo? Quedé temblando, llorando aterrorizado y profundamente herido. Sangré durante más de dos días y en mi desesperación ni fui capaz de decir palabra a nadie.

Seguí en alta mar e incluso repetí el viaje varias veces más. Sin embargo, el constante recuerdo de los hechos me volvió nervioso y desconfiado. Temeroso de que pudiera repetirse tal percance, al cumplir los dieciséis años abandoné mi trabajo en los pesqueros.

Tardé muchos años en enfrentarme a este terrible suceso de mi juventud. Todo este tiempo lo he recordado nítidamente. El fantasma de tal experiencia no me ha dejado de perseguir...¡Fue algo horrible, espantoso! ¡Nadie podrá entenderlo! ¡Nadie sabrá jamás lo que se siente, lo que se sufre!...una y otra vez, siempre atormentado por los recuerdos por la pena, la rabia...Pero no fue esa la primera violación...después llegaron más...Algo se me rompe por dentro cuando tengo que traer del pasado aquellos hechos. Como la ocasión en la que por segunda vez alguien abusó de mi cuerpo. En esta ocasión el agresor no fue un hombre corpulento y feroz. Fui violado por una mujer. Una excentrica y poderosa mujer cuyo recuerdo me hace aún temblar.

Había tomado la decisión de no embarcarme más como pescador. Pronto me coloqué en un puesto muy básico en una empresa siderúrgica. Quise huir del mundo de la pesca y de todo aquello que me pudiera recordar el incidente que tanto me había marcado. Para entonces ya había ahorrado lo suficiente para adquirir una moto de segunda mano con la que iba y volvía de las instalaciones. Debía aparcarla en un garaje cercano y uno de mis compañeros me dio información sobre uno que estaba muy cerca y por el que me cobrarían muy poco dinero. Recuerdo que solo pagaba diez peniques a la semana por el uso de la plaza! ¡qué tiempos aquellos!...Hoy me parece imposible, pero así era. En aquel garaje aparcaban sus coches muchos de los trabajadores. Me pareció buena idea y pronto adquirí un pequeño espacio para la moto.

A los pocos días de utilizar los servicios del aparcamiento conocí a la dueña del lugar. Era una mujer muy hermosa y exuberante. Tendría unos veinte años más que yo y pronto se fijó en mí. Por aquel entonces no me era ajeno que comenzaba a poseer un gran atractivo físico y que tanto hombres como mujeres se sentían atraídos por mí. Aquello me

producía más repugnancia que satisfacción pues no podía evitar que el más mínimo cumplido que alguien me decía con respecto a mi aspecto físico me trajera a la mente casi de inmediato los amargos recuerdos de aquel horrible suceso en alta mar. Poco podía imaginar que volvería a pasar por el sufrimiento de un nuevo abuso físico.

Ocurrió durante una oscura tarde en la que el cielo parecía estallar en llanto. La lluvia era tan intensa que opté por esperar a que amainara la fuerza de la caída del agua. "Cuando deje de llover, arrancaré la moto y regresaré a casa", pensé. Al rato no quedaba nadie en el garaje pues los compañeros que utilizaban las plazas eran todos dueños de coches lo que significaba que la lluvia no los había molestado en su marcha.

De pronto oí cómo esta hermosa mujer me llamaba a mis espaldas. Me volví y enseguida entablamos conversación. Siendo casi un niño y aún lleno de inocencia pensé que era muy agradable su compañía pues inicialmente se centró en darme una afable charla. Parecía interesada por mi vida. Me preguntó amablemente por mi familia y mi pequeña vida.

La lluvia seguía golpeando el suelo con furia. Melosa y dulce se las arregló para convencerme de que fuera a su casa situada justo encima del garaje. "No podrás conducir la moto bajo esta lluvia," dijo. "Te matarías". Me pareció muy amable por su parte. Era tarde y estaba hambriento así que acepté gustoso una taza de té.

Cuando por fin estuvimos en su pequeño apartamento me comencé a inquietar al ver cómo echaba el pestillo tras de mí. Por unos instantes no pude comprender lo que estaba ocurriendo. Aquella mujer, una vez que me tuvo encerrado en su recinto de loba en celo, se tiró sobre mí, me bajó los pantalones y antes de que yo pudiera hacer nada por impedirlo, comenzó a manosear con rudeza mis genitales y pene. El pánico se adueño de mí. "No, otra vez no, por favor..." pensé. Le pedí que me dejara marchar pero entonces ella me abofeteó. Volví a implorar por mi marcha pero ella no atendió a mis súplicas. Me sentía terriblemente avergonzado y utilizado mientras que a mi cabeza regresaba la imagen de aquel pescador saciando su apetito conmigo. ¿Por qué volvían a atacarme sexualmente?

No entendía...No sabía qué hacer. Protesté de nuevo y ella me habló muy violentamente. Me dijo que si no la dejaba "jugar conmigo" me echaría del garaje. Me recordó que no había en varios kilómetros, otro y que tendría que venir andando bajo la lluvia muchas veces en caso de que ella me prohibiera utilizar la plaza de la que era dueña.

No faltaron las amenazas psicológicas. Me dijo que si se me ocurría delatar su comportamiento, ella alegaría violación por mi parte. Me acusaría de ataque sexual y le creerían mucho más que a mí. Con toda seguridad perdería mi empleo y acabaría en la cárcel. Yo escuchaba con el corazón en un puño, asustado y humillado. Vi con horror cómo practicaba el sexo oral conmigo y mi virilidad, al fin respondió. Aquella mujer se tragó mi esperma dando extraños gritos de histeria como yo jamás había imaginado. Me aterroricé cuando me di cuenta de que me arañaba y sacudía bruscamente, hasta que rasgó mi ropa. La camisa

estaba sin botones y una manga quedó colgando. Hasta ese momento no sabía a ciencia cierta en qué consistía una relación sexual normal. Era virgen si no se tenía en cuenta la violación que había sufrido a manos de aquel pescador.

La cabeza me comenzó a dar vueltas de nuevo y noté con terrible vergüenza cómo los ojos se me humedecían con el llanto. Era la tercera vez que alguien me atacaba sexualmente, si contaba la triste ocasión en la que aquel familiar mayor se había masturbado tocándome los genitales, cuatro años antes de este nuevo suceso.

A lo largo de mi vida quedan aún dos violaciones más; una de ellas con tal violencia que acabé en el hospital, pero eso ocurrió años más tarde. Increíblemente fui atacado por otra mujer. La última violación que sufrí en mi vida fue en una callejuela perdida en uno de los peores barrios de Londres...y por un par de hombres. Pero ésta fue la que menos heridas me produjo si se tiene en cuenta que me vengué más tarde de esos tipos. Por aquel entonces yo era ya un hombre muy violento y donde me las daban devolvía.

Aquella mujer del garaje...¡Cuántas heridas abrió en mi vida! Creo que mi desprecio hacia las mujeres comenzó aquel día. Aunque esa experiencia fue muy traumática nada se puede comparar con aquel incidente en el barco pesquero del que ya hablé y del que no deseo volver a hablar.

Aquel garaje, un día lluvioso y una terrible afrenta. Se podría decir que ahí comenzó la pesadilla de mi vida; pues si mal no recuerdo, desde ese trabajo en los Altos Hornos mi conducta hacia el mundo comenzó a cambiar.. Parecía que mi propia existencia se había puesto en mi contra. A mi alrededor todo era tristeza, abandono y agresividad. Mi madre continuaba viviendo como en una extraña nube. Su relación conmigo, fría y distante, no me dejaba descubrir siquiera un ápice de lo que debe ser el amor.

A mis hermanos me unía tan sólo un techo. Mi hermana mayor vivía su vida sin querer apenas dirigirme la palabra. La observaba con esas minifaldas provocativas de los años 60 y sospechaba que se divertía con todos los chicos del pueblo. A veces se levantaba tan tarde que se le juntaba el desayuno con el almuerzo. Mi madre descubría en su cuello el sello de un amor desenfrenado, tal vez el rastro de un chupón o un arañazo disimulado en la espalda. La abofeteaba sin decir ni pío y listo.

Ese familiar mayor, aquél que abusó descaradamente de mi inocencia, no era un hermano, era..."un familiar" y punto. No deseo hablar de él. Desde que abusó físicamente de mi con tocamientos impúdicos me alejé para siempre de su contacto. Lo evitaba a todas horas descubriendo en su sonrisa burlona desprecio y amenaza. Ahora me acaba de asaltar a la mente una imagen mía subiendo la estrecha escalera de la casa de mi madre. Lo veo a él en el último peldaño. su mirada fría, clavándose en mis ojos aterrados. "Hola Albert..." me decía. -"Ve que tienes que subir...¿Vas al baño otra vez?"- Y entonces comprender que no había otra alternativa; que debía subir esa escalera si no quería hacerme mis necesidades en los pantalones. Sin salida.

Entonces comenzaba a ascender despacio, evitando la mirada fría y burlona de mi contrincante, sabiendo él y sabiendo yo lo que podía esperarme a lo largo de esa escalera.

Y justo cuando estaba a punto de alcanzar el último recodo, ¡zas! veo con horror cómo se lanza a descender lenta y calculadoramente esa larga y estrecha escalera. –“¡Oh, lo siento!”- decía simulado pudor. Aún su voz retumba en mi cabeza como un silbido en una cueva...Y entonces, antes de que yo pudiese reaccionar, lo notaba apretujándome las nalgas con ambas manos, fuerte y seguro, simulando que su roce se debía al solo hecho de querer descender la escalera con premura.-¡Ay!-decía cada vez que jugaba a este siniestro juego conmigo.- “Perdona Albert...Es que...¡Es tan estrecha esta escalera! Vaya,¿te he apretujado? Verás...es imposible no espachurrarnos al bajar yo y subir tú. ¡qué le vamos a hacer, chico! Por cierto...No se te ocurrirá contarle nada a tu madre, ¿verdad? ¿O acaso quieres que me enfade mucho contigo, eh?”

Yo no respondía. Sosteniendo el aliento en un nudo de angustia, terminaba apresuradamente de trepar por los últimos escalones y dejaba a mis espaldas sus terribles carcajadas. A grandes zancadas lograba llegar al baño donde me encerraba y lloraba a quejidos chiquitos para que nadie en casa y mucho menos él captara mi tormento. Mil veces intenté contárselo a mi madre pero siempre miraba a otro lado, me escuchaba como quien oye llover y luego me decía que ya hablaría con él. Y claro que lo hacía, aunque a su manera.

Un día vi cómo le pegaba por mi causa. Justo después de hablarle de uno de estos sucesos, pensando que apenas me había escuchado, subí a mi cuarto y me encerré. Me metí bajo la cama, como solía hacer en momentos como ése, bajo el refugio de un somier de muelles oxidados, acompañado por un par de soldados de plomo. De pronto oí los gritos de ese “familiar”. Pegué un salto y me asomé a la ventana de mi dormitorio. Ahí abajo, en el patio, mi madre, pitillo en boca y con la melena revuelta, tenía cogido a ese...“sujeto” por los pelos y lo zarandeaba salvajemente por el sucio suelo de frías baldosas como si fuera un muñeco de trapo. Los gritos de éste eran terribles. Pero de su boca no salía reproche o explicación alguna por su ataque. No decía ni pío. Aunque yo sé que mi atacante adivinaba la razón.

Me estoy saltando el orden de los acontecimientos pues todo esto ocurrió antes de escaparme a la mar. ¡Precisamente fue este tipo de vida familiar la que me empujó a buscarme un trabajo lo más lejos de casa posible!

Creo que lo he logrado perdonar o al menos es lo que Cristo me pide a gritos...Que olvide, que perdone como Él me ha perdonado. Además me enteré por un conocido del pueblo que ese “familiar” murió hace algunos años. Yo ya estaba lleno de Dios entonces y oré por él como no he orado por nadie en mi vida. Espero que mis oraciones hayan servido para, al menos, no se lo haya llevado el diablo a sus eternos dominios.

Mi madre murió un buen día de junio de 1980, de golpe y porrazo.¡Pam! se desplomó en la cocina de mi casa y ahí acabó su vida.

Yo estaba presente, junto a ella sentado en una silla de la cocina, esperando a que terminara de prepararme un té. Acababa de regresar de trabajar en el mar. Por aquel entonces yo ya había estado casado, me había divorciado y había servido durante quince años en la Marina Real. Porque después de una adolescencia complicada y delictiva, decidí sentar la cabeza y entrar en la marina. Allí recibí una gran formación, me sentí por fin, libre y útil. Después de mil novias y escarceos, conocí a la que sería mi esposa. Yo la adoraba, me enamoré como un loco y nos casamos. Tuvimos dos niños preciosos.

Ellos...fueron mi vida. Mi hija, mi querida nena, se suicidó el año pasado...Su infancia fue mala, su vida un desastre y acabó perdida como miles de jóvenes, entre las drogas y el alcohol. Y un buen día...un buen día se tiró desde lo alto de la ventana del piso trece de un rascacielos en la City de Londres. Trabajaba como limpiadora de oficinas. Y se acabó...¡Pum! Adiós a mi divina nena y bienvenida amargura a mi vida otra vez.

Un buen día, cuando menos yo me lo esperaba, mi mujer me anunció que deseaba abandonarme por otro hombre. Las constantes ausencias por mi trabajo en la Marina y nuestras discrepancias habían terminado por alejarla de mi y de los buenos momentos que pasamos juntos. Un hombre del pueblo, militar y apuesto, la enamoró locamente. No siento ya rencor hacia él, aunque durante una época de mi vida deseé matarlo, lo digo en serio. Gracias al Señor, la cordura templó mi ira y evité lo peor. Además era un buen hombre. Un pedazo de aburrimiento, pero un buen hombre, trabajador y esas cosas que suelen atraer a las buenas mujeres. Fue un buen padrastro para mis dos pequeños y por ello le estaré eternamente agradecido, porque lo que es, un padre,...eso no lo han podido tener mis hijos conmigo.

Después de que mi esposa me abandonó y de que mi madre murió de aquella manera en 1980, mi mundo se precipitó hacia un destino de maldad y vicios de un modo tal, que ni hoy mismo logro entender cómo sobreviví a todo aquello. Había perdido a una esposa, a unos hijos, a mi madre, a mis tres tías y a un tío. A principios de diciembre de 1079 mi vida estaba inmersa en un caos total.

## VIDA DELICTIVA

Todo aquello que consideraba sagrado en mi corazón, todos los principios que albergaba en mi alma habían sido borrados por miles de avatares y vivencias detestables. Desde el inesperado fallecimiento de mi madre acabó el interés por cuidarme, por la sociedad y por la vida. Perdí el respeto hacia mi mismo y decidí que todo lo que formaba parte de la existencia humana era cruel y despiadado. Por supuesto, mi vida espiritual era nula; nunca había creído en nada más allá de lo que mis ojos veían.

Ahora, después de una larga vida de delincuencia y agresividad, he llegado a la conclusión de que me rebelé de golpe contra todas las injusticias de mi pasado. No intento justificarme, no sería justo. Fue lo

que pasó y punto. Hoy me siento profundamente arrepentido de todo lo que ocurrió a partir de ese momento y también triste, abatido y avergonzado. La mano de Dios me ha salvado de todo lo que hice y siento que su infinita misericordia me ha perdonado. Él me rescató a través de aquella increíble experiencia el 1 de enero de 1997. Pero eso fue años después.

Los días en los que mi vida se sumergió en el más profundo de los abismos...Eso precisamente me llevó a la primera prisión. Después del fallecimiento de mi madre abandoné mi pueblo deseando dejar atrás los recuerdos familiares, los celos hacia el compañero de mi ex esposa y marché a Londres buscando nuevo rumbo a mis días.

¡Londres! ciudad hermosa y atractiva pero fría y peligrosa como pocas. Durante un par de años viví en un pequeño apartamento alquilado en una calle abandonada de Dios, en el corazón de Tooting Beck, donde Pedro perdió el gorro y no volvió a encontrarlo...Comencé a beber en tremendas cantidades, a deshogarme con malas mujeres y pésima compañía. Un buen día me desperté aturdido en mi pequeño piso, con una resaca atroz. Vomité tanto esa mañana que hasta escupí algo de sangre. Me asusté y por primera vez decidí que si quería vivir enviciado, al menos debía convertirme en un hombre rico. Me juré a mi mismo que no volvería a pasar necesidades de ningún tipo y que, para ello, me aprovecharía del mundo como el mundo se había aprovechado de mi desde el día en que nací.

“¡Nadie volverá a abusar de Albert Michael Wensborough!”-dije riendo, cargando el aire de histéricas risotadas.

Ya había entablado contacto con ciertos personajes del hampa londinense, en especial con Betty, una prostituta de pechos tan eternos como sus años. Controlaba una red de prostitución perfectamente establecida en cinco manzanas a la redonda y era respetada y odiada a la vez por todos los visitantes de sus bares. Esta mujer, además de prestarme muchas veces sus servicios más selectos, me introdujo en ciertos grupos de habituales de sus establecimientos con los que congenié de inmediato.

Ellos me enseñaron a robar. Primero eran los tirones a las viejas en la calle y los hurtos en las tiendas. Pero muy pronto me aficioné a conseguir dinero fácilmente y aprendí a engañar, estafar con entradas falsas en los partidos de futbol, cines y teatros...Cosas de poca monta pero que me colmaban de dinero rápido.

El mundo está lleno de gente buena, de pobres inocentes con corazones limpios. Cuando recuerdo todo lo que hice sufrir a estas pequeñas gentes, a veces rompo a llorar. Me pregunto dónde estarán algunos de aquellos a quienes ataqué cruelmente. Como esa pobre anciana, a la que de seguro rompí la cadera al empujarla salvajemente en la calle por arrancarle el bolso. O a aquel pobre hombre a quien timé todo un sueldo jurándole que le conseguiría el coche de segunda mano mejor del mercado. Me aproveché de su inocencia, inventando una y otra historia según el personaje y sus circunstancias.

He asaltado, engañado, estafado, robado en casas privadas, almacenes y grandes fábricas. También he robado coches ¿Treinta o cuarenta? no consigo recordar, aunque ¡qué más da eso ahora y a quién le importa? Recuerdo una ocasión en la que robé un camión a un desgraciado camionero, con pistola en mano, para emborracharme y estrellarlo después por ahí. No faltaron robos en trenes. ¡Eso sí que fue más fácil de lo que pensé nunca! Hablo de los años 80. Ahora es casi imposible asaltar un tren en la forma en la que lo hacía pues tienen vigilantes profesionales con el arma cargada. Yo fui uno de los responsables de que, hoy en día, en todos los trenes que llegan a Londres haya vigilancia. ¡Robé tantas veces a los viajeros!

Se podría pensar que con tanto dinero conseguido de manera delictiva, tenía siempre para mis gastos. Pues no, porque una vez que se roba, a uno nunca le parece suficiente aunque lo sea. Despilfarré muchísimo, demasiado dinero...

Quizá el mayor delito que cometí fueron los robos con armas. Doce años de cárcel tuve que sufrir por ellos pero tal castigo no fue injusto. ¡Mira que si hubiese matado a alguien! Porque el arma siempre iba cargada y no sólo de balas pues mi mente estaba también llena, en el momento de empuñarla, de drogas o alcohol. ¡Hubiera podido ocurrir cualquier tragedia humana!

El arma que utilizaba era una pistola *Browning*, calibre 9 milímetros *parabellum*, de quince balas. Por las noches la acariciaba y reía soñando con que, algún día, esa pequeña amiga me haría millonario. Mis quimeras se mezclaban con visiones en las que atracaba bancos, sociedades, tiendas, hogares... ¡todo lugar imaginable!

Respecto a los compañeros y amigos de aquella época, no revelaré nunca ni uno solo de sus nombres. Siguen siendo muy peligrosos. No quiero que vayan a la cárcel. No les deseo mal alguno aunque sé positivamente que a alguno de ellos le gustaría verme muerto. Dios solo sabe los nombres y si algún día los atrapan las autoridades, entonces lo sabrá todo el mundo. Dejemos pues esos nombres. No es mi cometido denunciarlos. Ya saben de mi destino en este santo lugar y pueden quedar tranquilos que jamás los delataré. Ya saben lo que pienso de sus vidas. Conocen mi constante oración por ellos y mi ardiente deseo de que se "curen" de su maldad. Lo cierto es que con el paso de los años, los pocos que aún mantenían contacto conmigo han ido dejándome de escribir. Algunos hasta creen que me he vuelto majareta. ¡No los culpo! Dios los ampare en su misericordia. Durante años dejaron de ser mis amigos para convertirse en mis más acérrimos enemigos! Deseé incluso matarlos con mis propias manos...pero pagué por ello y me siento profunda y desesperadamente arrepentido por todas y cada una de mis terribles faltas.

Creo que fue precisamente la oración la que me envió a la cárcel. Yo no tenía ningún tipo de convicción religiosa ni espiritual; ni siquiera tenía conciencia de haber sido bautizado pero algo crucial ocurrió en mi vida a raíz de la primera vez que oré a Dios. Y eso fue en Londres, meses antes de la cárcel.

Unas pocas semanas antes de que cometiera mis últimos asaltos, llegué a casa y me la encontré totalmente en llamas. Mi espanto y angustia fueron totales pues supe de inmediato que había sido una venganza de la fraternidad criminal. Estuve a punto de ser culpado por la justicia de haberlo provocado yo para cobrar el seguro contra incendios pero tenía una coartada cierta que me salvó del cargo. Esto no menguó la horrible amargura y desesperación en la que me vi sumido.

Ocurrió hace mucho tiempo...sin embargo hoy tengo el convencimiento de que la oración que hice aquel día dio un rumbo nuevo a mi vida. Siempre recordaré cómo regresaba a casa ese fatídico sábado en la tarde. Alegre y contento, silbando y algo ebrio de cerveza. Lo había pasado bien jugando a los dados en el *pub* de la calle sin sospechar en absoluto que, mientras yo me distraía, mis antiguos compañeros, entonces adversarios, me estaban haciendo saldar una cuenta acumulada.

Cuando doblé la esquina me atemoriqué al ver muchos policías en la calle. Mi angustia creció inmensamente cuando vislumbré a los bomberos y me di cuenta de que habían acordonado la calle con cinta roja plastificada. Me eché a temblar. En cuanto me acerqué, un policía me sujetó del brazo.-"¿Es usted Albert Wensbrough?"-preguntó secamente. Un rayo de luz comenzó a iluminarme el entendimiento y noté cómo gotas de sudor frío comenzaban a brotarme en la frente. -"Sí". -"Entonces venga conmigo".

A partir de ese momento todo fue un infierno. Me llevaron a la comisaría esposado sin darme explicación alguna sobre el arresto. Luego, una vez dentro de la comisaría me explicaron que mi piso había quedado prácticamente reducido a cenizas y que sospechaban que había sido provocado. Me hicieron mil preguntas y se apresuraron a averiguar mis últimos movimientos durante el día. Les informé de qué había hecho y junto a quién había pasado las horas previas al desastre. Les dije toda la verdad y después de largas horas de terrible inquietud me dejaron regresar a casa.

Me las arreglé para entrar en mi piso y cuando lo vi, no podía creer lo que estos compañeros habían hecho con él. No dudé ni un segundo que este acto criminal obedecía a un deseo de ensañamiento. A mi mente vino la persona que con toda seguridad había llevado a cabo este acto lleno de premeditación, aunque jamás pude demostrarlo al carecer de pruebas. Caminé por el largo pasillo de mi piso. El corazón me golpeaba el pecho enfurecido y asustado mientras mis pasos se dirigían al pequeño salón. Me paré en seco bajo el arco que hacía de entrada y observé desolado a mi alrededor. No sé cuánto tiempo permanecí ahí parado, con la cabeza a punto de explotar con miles de ideas volando veloces por la mente. Al fin caí de rodillas desesperado y me dejé vencer por un llanto lleno de terrible amargura. Lloré, lloré como nunca antes lo había hecho.

Ahora me parece extraño recordar cómo, con el corazón roto en mil pedazos dirigí unas palabras a Dios.

-“¡Oh Dios que estás en los cielos!-grité- ¡Sálvame de los peligros de esta horrible ciudad, de mis amigos y compañeros en el mundo del hampa! Estúpidamente me inmiscuí en sus vidas, en sus engaños, en sus fechorías...Pero sólo Tú sabes, Señor que sus vidas no son la mía. ¡¡Jamás deseé comportarme así!!”

“¡¡Jamás, Señor!! Te ruego que mires, ¡Oh Dios! este lugar desde el que te imploro y lloro desesperado. Mira todas estas ruinas a mi alrededor. Señor ¡escúchame!.Si lo que te pido me hace ir a la cárcel por mucho tiempo,¡que así sea! Pero, te lo ruego: ¡¡Ayúdame Señor!!!, ¡¡¡Ayúdame, te lo ruego!!! ¡Sácame de esta vida, Jesús, ya que no puedo soportarla un minuto más! Escucha mi ruego desolado, Dios mío...Acaba con toda esta vida mala, vil y despiadada con la que te he castigado...! ¡Ayúdame!”

El llanto impedía que pronunciara bien las palabras. Me faltaba el aire al hablar y por primera vez en mi vida noté una extraña sensación de no estar físicamente solo en aquel lugar. Me di bruscamente la vuelta pensando en que uno de mis enemigos había tenido el atrevimiento de seguirme y penetrar en lo que quedaba de mi hogar. Pero mis ojos no pudieron ver a nadie. A todas luces estaba yo solo y, sin embargo...había cierta presencia en la estancia que no puedo aún explicar.

Mi llanto desconsolado cesó por algunos segundos aunque seguí inmerso en una agonía de tristeza, miedo y angustia. Al fin logré menguar algo mi destemplanza, suspiré profundamente y permanecí así, de rodillas, en el chamuscado suelo de lo que había sido el salón de mi pequeño hogar, durante un tiempo largo, tan largo que aún parece que me acompaña en el corazón.

Por fin me levanté, me sequé las lágrimas y decidí olvidar de inmediato la oración que acababa de hacer. Miro ahora hacia el pasado y sé positivamente que Dios escuchó aquel día esa plegaria lanzada desde lo más profundo de mi corazón.

Y no lo digo por el extraño suceso que aconteció ese 1 de enero de 1997, cuando me envió a su ángel del cielo, sino por todo lo que me ocurrió desde mi entrada en prisión el 23 de enero de 1992, después de haber sido cogido en pleno atraco a mano armada en una sucursal bancaria de Londres, en el barrio de Notting Hill.

He vivido en muchas prisiones desde el fallecimiento de mi madre y, a pesar de todo, el Señor ha sido infinitamente misericordioso hacia mi persona. Hoy solo deseo que me siga amando como lo hace, concediéndome tantas gracias del cielo. Pero si algo mueve mi corazón es este relato que deseo que el mundo entero conozca y que todos los prisioneros en las cárceles de toda la tierra sepan que no hay delitos buenos y que ningún daño hecho voluntariamente a otro ser humano lleva consigo un premio. Jamás nunca se libra uno del castigo, aunque la justicia no lo consiga encerrar en la cárcel. Porque tarde o temprano, la maldad siempre, ¡SIEMPRE! regresa y con una furia y venganza inimaginables.

## LA CÁRCEL

La Cárcel, la cárcel... ¡Cuántos años he perdido en ella! Catorce en total. Largos y atormentados como una mala pesadilla del infierno... Y eso que, según el juez, tendrían que haber sido muchos más.

Recuerdo con terrible amargura el día en el que el juez, harto de mis reincidencias, me condenó a veinticinco años que luego, y gracias a una magnífica apelación, quedaron en catorce. Aún me parece oír la sentencia retumbar como un trueno en mis oídos: -"ocho años por atraco a mano armada, dos por robo, uno por hurto en unos grandes almacenes, cuatro por tráfico de drogas, dos por venta ilegal de armas, seis por asalto con arma blanca en un restaurante, otro por esto, más uno por lo otro... Esto hace un total, señor Wensbrough, de veinticinco años, si mis matemáticas no me fallan." Luego añadió: -"Albert Wensbrough, usted puede pensar que atracar a mano armada es algo fácil de hacer, y tal vez sea así. Es por ello que la ley inglesa es tan extremadamente dura con ustedes, los atracadores. Está bien claro que no le hubiera importado un ápice disparar su revólver contra la sien de un ser humano que sólo intentaba hacer su trabajo de forma honrada. Esta persona, a la que usted retuvo durante más de veinte minutos como rehén, está ahora sometida a un tratamiento psiquiátrico para aliviar el trauma causado por su maldad. Tal vez usted decidió no dispararle, pero eso no lo exime de un serio encarcelamiento. Sólo por el hecho de que ha admitido usted ser culpable del robo a mano armada del pasado mes de enero, y especialmente porque ha colaborado con la policía ahorrándoles gran cantidad de trabajo en su caso, he decidido permitir que apelen la sentencia. Créame que, de no haberse declarado culpable de este último delito, lo hubiera enviado directamente a prisión cuarenta años basando el veredicto en pruebas circunstanciales. Por lo tanto, creo que ha actuado usted sabiamente."

Su mirada era fría como el hielo cuando se dirigió a los dos guardas que me custodiaban en ese momento en la sala: -"Ahora, llévenselo. Espero no volverlo a ver en mi vida, señor Wensbrough. Estoy harto de verlo por aquí".

¿Cómo me sentí en la sucia celda bajo la sala del juicio, cuando me dejaron por fin solo ante mi destino? De pronto vislumbré ante mí muchos y penosos años de cárcel. Un futuro aterrador... Me sentí desesperado, abatido y terriblemente solo. No tenía a nadie en el mundo y me helaba el corazón imaginarme lo que pensarían mis pequeños cuando crecieran y supieran de mi existencia en una oscura cárcel de Inglaterra. Una leve lágrima escapó de mis ojos, sumido en la tristeza. Pero tal pesar se transformó en pocos minutos después en una ira feroz. "Si estuviera fuera de este lugar", me dije lleno de rabia, "asesinaría con mis propias manos a ciertas personas..." Hace ya cinco años que los he perdonado desde lo más profundo de mi alma. Pero en ese momento desesperado sólo elucubraba cómo salir de aquel lugar lo antes posible para acabar con ellos, vengarme y volver a dormir tranquilo con la convicción equivocada de haber saldado una terrible cuenta.

No sé cuánto tiempo permanecí ensimismado en aquel frío banco de madera, en la celda situada bajo el mismo salón del juicio, aunque con certeza fueron varias horas. Un agente se apenó al verme en tal estado de amargura y me ofreció un pitillo. Meditando en aquella celda y acompañado por la más horrible desesperanza, caí de bruces en la cruda realidad. “¡Oh Dios mío!”, me dije entre sollozos. “Esto es en lo que he convertido mi vida. Cuando pienso en los momentos felices de mi pasado...Llegué a ser un oficial de la Marina Real, tenía un sueldo decente y mantenía a mi pequeña familia honradamente. Tenía una esposa a quien amaba con locura, un hogar bonito y hasta nos permitíamos ciertos lujos mínimos, como aquel coche con el que llevaba a pasear a los pequeños...Pero mírate ahora, sentado en una sucia celda, bajo una sala en donde te han condenado a veinticinco años de cárcel por delitos que han aterrorizado a una sociedad a la que perteneces. Abandonado por tu esposa quien se ha llevado a tus niños a vivir con un hombre bueno, no como tu, que eres perverso, borracho, drogadicto y agresivo. Lo has perdido todo, todo...¿Y qué me puedes decir de tu carrera naval, esa que te costó tantos años sacar adelante? Hecha pedazos...No te queda nada, ¡nada! ¿lo entiendes, verdad? Eres un drogadicto; ya no eres capaz de recordar los sucesos anteriores a tus constantes borracheras. ¿Cuánto tiempo hace que no te levantas de la cama sin haber bebido un buen trago de ron? ¡Ni tú mismo lo sabes! Ya ni siquiera sabes hablar...En tu vocabulario sólo existen palabras obscenas, mentiras y blasfemias...Eres un despojo de la humanidad. No eres nada Albert Wensbrough. Nada en absoluto”.

Así me torturaba a mí mismo, intentando encontrar un ápice de sentido a mi vida, algún matiz esperanzador que me dijera que aún valía la pena respirar. Intentando encontrar un significado a una existencia inútil, vacía y aterradora.

Desde que mi madre había fallecido ante mis ojos, aquel triste día en su pequeña cocina, me había convertido en falsificador, ladrón, asaltante, alcohólico, drogadicto, putero y cuasi asesino. Y digo cuasi, porque quiso Dios que las veces que había hecho uso de mi revólver siempre había fallado el tiro. Gracias al Cielo no me condenaré por eso, pero...¿y por todo lo demás? Que Dios pueda perdonarme como yo he perdonado a mis compañeros de aquellos terribles días...

Permanecí custodiado en aquella helada celda tantas horas que creo recordar que, aunque entré el alba, salí de noche. De pronto me sentí muy cansado, hambriento y abandonado por la misma vida. Mi soledad era inmensa y en ese momento y por primera vez en mi vida deseé morir...

El oficial de turno me preguntó qué prisión seleccionaría para mi estancia, de poder escoger. Él me informó que el juez estaba arriba discutiendo desde hacía mucho rato con mi abogado dos opciones. La primera era la prisión de Durham, una vieja cárcel victoriana al norte de Inglaterra. La segunda era la prisión de Wakefield, una cárcel terrorífica y extremadamente temida situada en el condado de Hull, cerca de mi pueblo natal, muy semejante al mismo infierno y adonde van a parar los

huesos de los mayores criminales de toda Inglaterra. La carroña más violenta de la sociedad. Cualquier ser humano moriría de temor al ser enviado ahí y yo, que al fin y al cabo no era más que otro ser humano, noté cómo una terrible sacudida me recorría el cuerpo al enterarme de que se discutía tal posibilidad sobre mi destino y a tan sólo unos metros de altura sobre mi cabeza.

Por supuesto me apresuré a escoger Durham. Recuerdo que comencé a temblar como un animalillo a punto de ser sacrificado en un enorme matadero.

-“Durham, ¡Durham!”- grité desesperadamente al oficial.- “Por amor de Dios que no me envíen a Wakefield. Dígaselo a mi abogado, ¡se lo ruego!”

-“Eso está en manos del juez, muchacho”- contestó con una mirada llena de comprensión- “Pero haré lo que pueda. Ahora intenta calmarte mientras subo a la sala”. Creo que fue entonces cuando, observando mi lastimero estado, me ofreció aquel cigarrillo. Después me dejó solo, temblando ante mi destino y a punto de desfallecer de inquietud.

Pero ya Dios andaba oyendo mis plegarias porque tuve la enorme suerte de que, como yo deseaba, me enviaran a Durham donde comencé mi vida carcelaria y en donde permanecí unos dos años.

En Durham comencé a amar la lectura. Fueron tiempos de aprendizaje en todos los sentidos pues esta cárcel poseía una magnífica biblioteca al servicio de los presos. En cuanto descubrí esa posibilidad aproveché todo el tiempo que tenía libre para sumergirme en la literatura inglesa. Pronto descubrí los clásicos y me enamoré de ellos especialmente de Shakespeare junto a Keats y hasta me leí “*Cumbres borrascosas*” cuatro veces.. Caí en los brazos de la literatura y me extrañé de no haberla descubierto antes. También aproveché para aficionarme a la música clásica. Cambié una radio a uno de los presos por varios paquetes de cigarrillos y desde entonces me pasaba horas escuchando las melodías clásicas más divinas.

Comencé a examinarme y alcancé notas excelentes en los primeros exámenes. Hice todas las pruebas necesarias para acceder a la universidad. Deseaba estudiar una carrera superior. Aún no sabía cuál pero me imaginaba siendo algo o alguien con clase, con educación...De ilusión vive el hombre...No fue un mal comienzo teniendo en cuenta en dónde me encontraba.

Pero la suerte no podía durar toda mi vida y a los dos años comenzaron los traslados. Primero me movieron a Lindholm, una prisión en la que las revueltas organizadas de los presos eran el pan de cada día y después llegó el momento más duro de mi vida y en donde las más abrumadoras pesadillas tendrían lugar. Wakefield al fin me había engullido entre sus fauces.

Cuando me avisaron del siguiente destino no pude contener un desconsolado llanto. El lugar más espantoso de toda Inglaterra me esperaba con los brazos abiertos. Allí conviví durante cuatro largos años con los hombres más agresivos y peligrosos de la sociedad. Ladrones,

violadores de mujeres, hombres y niños, asesinos, pervertidos y todos los demonios del infierno bailaron junto a mí entre esas paredes.

No tardé en meterme en líos. Los presos hicieron de mí, como lo hacen de todo recién llegado, el centro de sus ataques y burlas. En cuanto traspasé la primera recepción y oí el sonido de la puerta de acero cerrarse a mis espaldas comprendí que no sería nada sencillo para mí vivir en esa prisión.

Mi primer recuerdo es encontrarme en una sala grande en la que sonaba terriblemente alto una televisión que era vista por una docena de hombres vestidos con el mono azul de Wakefield. Sus terribles miradas me helaron el alma. No había trascurrido ni un minuto cuando un hombre enorme y con ojos fríos como el hielo se levantó lentamente de su silla y se acercó amernizador hacia mí. Cuando lo tenía justo delante, acercó su boca a mi oído y suavemente, como quien desea susurrar un secreto de amor a un amante me dijo:

-“Soy un pervertido sexual y por ello estoy aquí. Y éste es mi amigo y también está por lo mismo. Y este otro también. Así mismo, aquél ha violado muchas veces...” Aquello era aterrador ¡estaba atemorizado! ¿quién no lo estaría? Rodeado de hombres extremadamente peligrosos en un espacio de unos diez metros y todos ellos dedicándome miradas lascivas a mi persona...Me estaban dejando muy claro mi situación de peligro y debía actuar con cautela antes de que me atacaran. Yo, aunque por aquel entonces era un hombre igualmente peligroso y muy violento, me sentí terriblemente amenazado. Así que opté por mirar hacia el suelo y salir lentamente de la sala. Hoy sé que tuve mucha suerte porque meses más tarde tuve la desgracia de presenciar cosas horribles, escalofriantes en esa sala...Y lo más terrible es que no pude hacer nada por evitarlo...

Durante mi estancia en la prisión de Wakefield mi soledad y tristeza fueron inmensas. Comprendí que debía correr la voz lo antes posible sobre el motivo de mi encarcelamiento y pronto dejé claro que se debía a asalto con arma de fuego. Eso, en la cárcel pone las cosas en su sitio. Un hombre que ha matado o ha estado a punto de matar a sangre fría impone respeto, al menos.

No había pasado mucho tiempo cuando un tipo joven con una camiseta rosa a quien apodábamos *Margaret* se me aproximó.-“Te gustaría tener que ver algo conmigo cariño?”-me dijo. -“¿qué demonios quieres?”-le respondí. -“Te puedo chupar el pene si me das a cambio un par de cigarrillos.”Por supuesto que ya esperaba algo así. Lo despaché diciéndole que yo no era homosexual y que no me interesaba ese tipo de ofrecimientos. Sin embargo permaneció unos minutos más. Quería saber cómo habían ido a parar mis huesos a la cárcel. -“Por robo a mano armada”-le dije despectivamente.-“¡Ooooh!”-dijo con un ademán exagerado y femenino- “¡Vaya, sí que eres un chico malo! ¡qué valiente, mi hombretón!”- Y dicho esto se alejó. No tardé en enterarme de que era un violador y asesino en extremo peligroso y desde entonces procuraba vivir lo más alejado posible de él.

De homosexualidad y delitos sexuales dentro de la cárcel hay cantidad, muchísimos, demasiados...Y también hombres muy peligrosos sexualmente hablando. Ahora me viene a la cabeza uno...Aquello que ocurrió fue terrible, horrible...Era un perverso sexual y había cometido delitos espantosos con niños pequeños. Hay que saber que dentro de la propia cárcel se detesta especialmente a los violadores y asesinos de niños. No hay nada peor en la cárcel que ser juzgado por los propios presos. Y en esa ocasión tomaron la justicia en sus manos y cometieron algo que no he podido ni podré olvidar jamás mientras viva. No se les ocurrió más que esperarlo en su celda mientras se había ausentado para almorzar. A la vuelta lo esperaban con una gran jarra llena de agua hirviendo que vertieron sobre su rostro. Le quemaron los ojos, los pómulos...Estuvo muy grave. Luego me quedé muy pensativo cuando me informaron que las familias de esos pequeños se habían alegrado mucho de su destino...

No faltaron hombres heterosexuales que me ofrecieran todo tipo de acto sexual con tal de conseguir droga. Pero yo siempre, siempre los rechacé. Jamás he tenido relaciones sexuales con ningún hombre voluntariamente y por supuesto, dada mi elección de vida actual, tampoco volveré a tenerlas con mujeres.

He aquí mi última anécdota de la cárcel: Un día estando yo leyendo tranquilamente en mi celda oí un grito ensordecedor. Un hombre aullaba desesperado como un perro terriblemente herido. Me levanté apresuradamente y me asomé a la puerta, cosa que hicieron todos los demás. Ahí, en mitad del pasillo un compañero llamado Ben se revolcaba en el suelo presa del dolor, sobre una gran charco de sangre. Salí apresuradamente para ayudarlo ya que las puertas de las celdas estaban abiertas a esa hora y nos era permitido deambular por los pasillos. Cuando por fin lo sujeté me di cuenta de que alguien le había incrustado en la cabeza, supongo que con un fortísimo golpe, una pila de radio. Gran cantidad de sangre brotaba de la herida y descubrí con horror que el reguero provenía desde el cuarto de baño, al fondo del pasillo. Obviamente lo habían atacado en los lavabos. Luego se descubrió que todo fue motivado por un impago de drogas porque en la cárcel ése es el peor error que se puede cometer. Siempre, sin faltar ni una sola vez, se han de pagar las drogas que se consumen. Si no, puedes llegar a perder la vida. Como le ocurrió al pobre Mark, un preso que compartió celda conmigo durante varios meses, durante un siniestro amanecer. Apareció muerto en el fondo del gimnasio tras un montón de colchonetas. Su muerte había sido producto de un profundo corte en el cuello con una cuchilla de afeitar. Lo más terrible fue que le habían introducido los órganos genitales en la boca, supongo que después de morir. Hubiera sido imposible no oír sus gritos de espanto si le hubieran mutilado sus partes mientras vivía...

Yo me puse como loco. No es que me llevara a la perfección con él pero durante los primeros dos años en Wakefield había sido mi único amigo y, aunque era violento, le había cogido cariño y respeto. Juré averiguar quién había provocado tal suceso y vengar a mi amigo. Poco a

poco, con mucha destreza y sobornos a base de drogas y tabaco, logré descubrir quién había sido el asesino de mi amigo. Un hombre de color llamado Peter y apodado *El verruga* se había ensañado con él por una factura mal saldada entre ellos por pagos de cocaína.

Recuerdo cómo durante una mañana de invierno, elaboré un meticuloso plan para asesinarlo. Cuando llovía profusamente no nos sacaban al patio sino que nos dejaban merodear por el gimnasio interior o por la biblioteca. Este último lugar se presentaba como el más adecuado para llevar a cabo mi plan. Lo atraparía entre las altas columnas de libros, tantas veces desiertas y lo estrangularía con mis propias manos. Pero aquel hombre, ayudado por el cielo, fue inesperadamente trasladado poco después de que jugara en mi mente con la quimera de asesinarlo. Hasta el día de hoy desconozco si fue él mismo el que pidió su urgente traslado pero sospecho que así fue. En la cárcel hay un código de silencio. Nadie dice nada. Todo es un secreto y sin embargo nadie ignora las intenciones de los demás. ¿Cómo es esto posible? No se puede entender si no se ha vivido dentro. Las miradas hablan, los gestos delatan, las sonrisas acusan...y los presos actúan en consecuencia. Ese hombre se libró de mi maldad y deseo de venganza pero eso no me eximió de padecer ser encerrado en las celdas de castigo durante varios días. Alguien se chivó sobre mis pesquisas y antes de que pudiera hacer alboroto me encerraron. –“Es para bajarte los humos”, me dijeron los guardias como única explicación.

Las celdas de castigo...Este terrible recinto de pocos metros poseía como único elemento de luz y ventilación un ventanuco de unos diez centímetros por cinco para mirar al exterior. Pero no daba a un jardín de hermosa y suave hierba... De eso nada. Lo único que podía ver al otro lado era un trozo de la pared gris, enorme y llena de pintadas de tacos y blasfemias, escupitajos y esperma seco. Eran celdas preparadas para encerrar durante algunos días (a veces demasiados) a aquellos presos que daban guerra a los guardias y compañeros. A los más violentos, los que siempre empezaban peleas o a los que otros acusaban de haberlos violado en un descuido. Y allí fui yo a parar al llevar la venganza escrita en la cara...

A veces me quedaba mirando a través de ese inmundo agujero durante horas, sujetándome fuertemente con las manos a los gruesos barrotes. ¡ Estaba tan fornido en aquellos años!...Porque tenía la esperanza de que algún pájaro me regalara un movimiento con su vuelo. Era todo lo que se podía llegar a ver. Lo único puro y hermoso a lo que tendría acceso durante mi encierro.

Un día logré atrapar a un perquito con la mano. La habilidad se desarrolla rápidamente en los desesperados. Es como si la astucia y la desesperación crecieran a la vez. ¿Cómo lo logré? sacando esta manaza entre los gruesos barrotes, aguantando la respiración y quedándome muy quieto. El primer día no ocurrió nada ni el segundo ni el tercero...pero el cuarto lo vi revolotear curioso. Esto me proporcionó una idea. Al día siguiente busqué una cucaracha, lo que no fue nada complicado de encontrar. La sujeté con las uñas del dedo corazón y del

pulgar y esperé a que la naturaleza obrara el milagro. *Joe*, como luego bauticé a mi perico, no tardó en llegar. Se posó y lo atrapé con fuerza. Ya era mío.

Desde el primer momento consideré mi pequeña posesión como un gran regalo del cielo. Lo metí suavemente en mi celda, me las apañé para hacerle una jaula con una vieja caja de zapatos y lo alimenté durante meses con cucarachas y trozos de mi propia comida. Lo llegué a querer muchísimo y volqué en él miles de ternuras. Cuando cuatro años más tarde logré salir de aquel pestilente y espantoso lugar para ser trasladado a la prisión de Everthorpe, lo dejé escapar.-“Adiós amigo querido”-le dije.-“Regresa tú a la libertad mientras yo aún espero la mía”. Sentí una gran alegría al verlo perderse entre los árboles más allá de los muros de la prisión que dejaba por fin atrás.

Se puede decir que no conservo ni un solo buen recuerdo de Wakefield como tampoco ningún amigo. Todos los presos de aquel inmundo lugar me daban miedo y me producían un espantoso rechazo. ¡Lo que había allí metido!...Esas gentes son la realidad de la vida aunque no te los hayas cruzado nunca por el camino.

Tras la prisión de Everthorpe (que no fue mucho mejor que Wakefield), pasé a la conocida como Armely y de ésta a otra llamada Winchester, una cárcel un poco menos agresiva pero conocida por su increíble falta de higiene en todos los sentidos. Y de ahí fui trasladado a la cárcel llamada Verne, considerada como una de las más estrictas de este país.

Llegué a Verne, en la costa sur de Inglaterra, un 23 de abril de 1997 y después de traspasar la recepción del recinto fui trasladado a mi pequeña celda. Me explicaron las estrictas reglas del ala en la que me alojaron. Por entonces ya había ocurrido el hecho más importante de mi vida. Había vivido “la experiencia”.

En ella ocurrió un hecho singular. Yo vivía momentos de gran confusión y a la vez de templanza. Estaba plenamente seguro de la veracidad del hecho sobrenatural que me había sucedido y comenzaba a experimentar una verdadera hambre de Dios, de aprender de Él, de saber. No entendía nada...¿Cómo era posible que de pronto y sin previo aviso, sintiera un enorme deseo de amar a Dios y de transmitir ese sentimiento a los demás? me prestaba con toda alegría a los análisis y tests psicológicos que me ofrecían. ¡Tal vea así podría deshacer la madeja!

Sin embargo siempre recibía la misma respuesta por el psiquiatra que me atendía:-“Señor Wensborough, usted está perfectamente. Realmente no tengo explicación clínica para lo que le ha sucedido. Su mente, a pesar de estar bastante confundida, está más sana de lo que imagina. Loco no está y tonto tampoco es. Realmente no le puedo ayudar más”. Y yo marchaba de nuevo a mi celda, preocupado pero feliz, sintiendo el cosquilleo de alegría que sólo lo sabe dar Dios mismo a los corazones afligidos y teniendo la certeza cada día más fuerte de que lo que me había sucedido aquella noche en la soledad de mi celda había sido cierto.

En Winchester había recibido como regalo mi primera Biblia. Me la había regalado el padre Michael, un viejo monje al que le debo demasiadas alegrías y un montón de felicidad. Visitaba a los presos y nos daba ánimos, nos hablaba de Dios y confesaba a quienes lo deseaban. Cuando lo vi por primera vez, arrastrando sus juanetes y portando bondad en la mirada, me burlé de él y como casi todo el resto de los presos le rehuí. Pero solo a él acudí tras el suceso. Y tan sólo a él confié mi gran secreto. Este monje fue quien me comenzó a introducir poco a poco y con infinita paciencia en la oración.

Cuando llegué a Verne sentí un inmenso vacío sin su compañía, así que, como había hecho antes, me refugié en la lectura y en las visitas a la biblioteca. Permanecí solo quince días en Verne; muy poco y me pareció raro. Durante años no he entendido qué demonios ocurrió ni por qué me habían trasladado por tan poco tiempo. Pero hoy sé la respuesta. Tenía que pasar por ese lugar y voy a explicar por qué.

El primer día que pude acudí a la biblioteca para buscar lectura. Me decepcionó grandemente no hallar libros de valor como los que había encontrado sin problemas en las anteriores cárceles. Hurgué y hurgué entre largas estanterías para dar sólo con los típicos clásicos que ya había leído mil veces.

De pronto algo captó mi vista. El lomo azul claro de uno de los libros me llamaba poderosamente la atención desde un rincón. Cada vez que me giraba, mis ojos topaban nuevamente con él.- "Vaya",- pensé. "¿Por qué me atrae tanto ese libro?...? Iré a ver..." Me acerqué y lo cogí. Se titulaba *¿Estamos escuchando a los ángeles?* de Robert J. Grant. Me quedé perplejo. Algo me empujaba violenta y a la vez dulcemente a cogerlo entre mis manos. Me puse loco de alegría. ¡Al fin lograría entender algo sobre los ángeles! Alguien se había preocupado de estudiarlos o de imaginarlos o de yo no sabía qué...Pero al fin podría saber más sobre ellos...

De pronto me asaltó un terrible temor. Tenía que pasar por la recepción de la biblioteca en donde me exigirían ver los libros escogidos para sellarlo. ¡Descubrirían que había escogido uno sobre ángeles! Lo más probable es que a la hora del almuerzo se habría corrido el chisme como la pólvora y recibiría todo tipo de ataques, burlas y afrentas por parte del resto de los presos. Me pareció que lo más seguro sería esconderlo, disimularlo entre otros tomos de Historia y Matemáticas. Cuando me acerqué al recepcionista no mostró, para mi sorpresa, el más mínimo interés. Me selló con un tapón de goma los libros sin apenas mirar cuál había de por medio y yo salí de allí lo más rápidamente posible apretando mi tesoro contra el pecho. Solo puedo decir que la atracción que sentí hacia ese libro fue poderosísima. Mis ojos lo veían brillando entre el polvo, en la penumbra y entre los miles de libros que formaban parte de la colección de la cárcel de Verne. Dios sabe muy bien lo que hace y en aquella ocasión utilizó mi sentido de la vista para hacerme entender lo que yo necesitaba. Lo que me ocurrió esa noche leyendo ese libro en la intimidad de mi celda lo explicaré un poco más tarde cuando me refiera a "eso"...

Lo que me ocurrió me hizo entender con una claridad absoluta que “la experiencia” había sido absolutamente real. Creo que fue precisamente esa noche, leyendo ese extraño libro donde comencé a rezar por primera vez de corazón.

Los días volaban. antes de que me diera cuenta había sido trasladado de nuevo esta vez a la prisión llamada Parkhurst. ¡Oh Dios mío, Pakhurst...! cárcel extremadamente peligrosa y aislada del mundo, anclada en la Isla de Wight y en donde vi cosas horribles, tremendas...

En cuanto entré recibí la visita del director. “-Usted no debería estar aquí”-fue todo lo que me dijo a modo de bienvenida. En esa prisión me movieron tantas veces que se puede decir que dormí en casi todas las alas del lugar. Estuve en ella desde el 9 de Mayo de 1997 hasta el 11 de julio de 1997.

Pronto me di cuenta de que un extraño poder interior había producido un gran cambio en mi personalidad. Desde el primer momento en que pisé esta cárcel me invadió un irrefrenable deseo de orar. Durante los primeros días me afané en asear al máximo mi celda que estaba francamente muy asquerosa, llena de restos de orines y de telarañas colgantes. Una vez lustrosa me las apañé para hacer un pequeño altarcito en un rincón.

Como es lógico, casi inmediatamente comencé a recibir burlas y críticas feroces de los compañeros de pasillo. Los insultos eran dolorosos e hice un esfuerzo titánico para ignorarlos. “No les hagas caso”, me repetía una y otra vez. “Reza al Señor por ellos y no permitas que te afecte”. Así trascurrieron las primeras semanas y para mi enorme sorpresa poco a poco menguaron las burlas y ataques de mis compañeros de ala. Agradecido alababa a Dios con mis oraciones, en silencio, arrodillado durante largas horas ante mi pequeño altarcito.

Un buen día ocurrió lo inaudito. Un hombre grande, enorme como una torre y lleno de tatuajes hasta las cejas apareció manso y curioso ante mi puerta.

-¿Te molesto si me quedo observando cómo rezas?”- fue su inesperada pregunta.

-“no ...”-respondí tímidamente. ¿qué podía hacer? Lo notaba ahí parado mirándome como hipnotizado durante horas sin pestañear siquiera. Un tío de dos metros de alto y casi uno de ancho con un pendiente de oro en una oreja y con un *currículum* de asesinatos que no deseo recordar, no se puede definir como una perfecta compañía. Pero aguanté su curiosidad y con las horas y luego con los días fue tomando confianza y respeto hacia mis oraciones.

Y por fin, un atardecer, me encontré escuchando atónito y animando a este gran oso lleno de tatuajes y de recuerdos morbosos. Me contó entre sollozos cosas espantosas...cosas que no deseo repetir. Pero comprendí que yo albergaba en mi interior ese consuelo que él tanto anhelaba. Y le tendí una mano amiga y un corazón comprensivo.

Pero nada me preparaba para lo que me depararon los días siguientes. Antes de que me diera cuenta me encontré con una pequeña cola ante mi puerta, de hombres grandes y peligrosos como aquel que

hallaba consuelo en mi escucha. Llegaban cabizbajos, con ojos tristes y vergüenza en la mirada. Anhelaban y exigían hablar a solas conmigo considerando quizá que mi capacidad para escuchar era tan poderosa como la de Dios mismo para perdonar. ¡Y me hacían sentir tan confuso! Yo no soy nadie, no era nadie y sigo siendo una nada! Y, sin embargo...¡sus caras portaban algo que jamás había conseguido que reflejaran las gentes que yo había amado! Y eso era esperanza. Sí...Dios ya estaba actuando en mí. Ahora me doy cuenta...pero entonces, entonces yo era un cúmulo de nervios y confusión.

Comprendí que tenía en mis manos un arma más poderosa de lo que había imaginado. Y esa arma podría alegrar sutilmente los corazones de estos hombres de alma negra y mente perdida en violencia, alcohol y drogas. Esa arma era la palabra y el ejemplo de Cristo que calaba poco a poco en mi corazón.

No rechacé a ninguno por mucho que alguno de ellos me atemorizara de veras. Sus relatos eran siempre estremecedores y hubo muchos a los que no he logrado olvidar. Sin embargo no me sentí solo en mi tarea en ningún momento. Era como si mil ángeles me hiciesen compañía y me protegieran a cada momento. Yo les ofrecí comprensión, amistad y amor, de eso mucho. Solo exigí a mis visitantes una cosa: en mi celda y ante mi altarcito no permití blasfemias. Nunca, jamás.

Increíblemente y contra todo pronóstico, estos hombres tan temidos por el mundo me abrieron su corazón. Nadie podía asegurarme que no entraban con la intención de pegarme un guantazo o de robarme las pocas cosas que tenía pero yo ofrecía mi temor al cielo y rezaba para que todo fuera bien, para que fuera capaz de aconsejarlos con sabiduría y prudencia. Además no me atrevía a rechazarlos porque escondía un nuevo temor en mi vida: el temor a Dios. Sentía que Dios me exigía que los ayudara con su palabra y Él me inspiraba porque de mi boca salían palabras que no parecían más de lo hermosas que eran. Yo me quedaba muy extrañado de hablar así y sin embargo me gustaba...

A veces tenía mucho miedo...¡Sólo pensar que podían hacer alguna barrabasada contra mi altar me daba escalofríos...¡con lo inmensamente sagrado que era para mí! Lo acicalaba a diario colocando mi Biblia en un lugar prominente y el rosario bendecido que me había regalado mi querido amigo Andrew, el monje del que te hablé antes, colgado de una vela. Era imprescindible que mantuvieran el respeto en mi pequeño cubículo y así lo hacía saber.

Nunca he podido volver a blasfemar después de que "eso" ocurriera. Tampoco he podido volver a fumar ni siquiera cigarrillos y no digamos probar la droga. Todo esto no lo hacía porque de pronto me hubiera vuelto virtuoso sino porque intuía con un enorme poder de discernimiento que el mismo Cristo estaba en la estancia y sentía la imperiosa necesidad de respetarlo. No lo veía a mi lado pero lo sentía. Lo siento...Es cierto que lo noto a mi vera.

En Parkhurst, y al contrario que en otros lugares, hice buenos amigos. Y eso que en esa época me era difícilísimo caer bien a la gente...Intimé con un hombre de Jamaica llamado Barry quien me

enseñó a jugar al ajedrez. ¡qué gran jugador era! Se sorprendió de lo rápido que aprendí y nuestras partidas fueron pronto la admiración de toda el ala. Además de ser un magnífico jugador de ajedrez era un hombre agradable y gracias a él Parkhurst se me hizo más llevadera.

Un día me dijo algo que me llenó el corazón: -"Albert, yo no sé lo que te pasa, tío...pero algo me dice que no estás loco y que te has convertido en un hombre bueno, de los de verdad...Por ello he decidido hacerte una cruz". Me reí y no le dí más importancia al asunto. Cuál fue mi sorpresa cuando varios años después, ya viviendo en este monasterio, recibí por correo un pequeño crucifijo tallado en madera, humilde y hermoso, con una carta de Barry. "Toma amigo mío,-decía la nota- "Una promesa es una promesa, tío...para que no me olvides nunca. Reza por mi hasta que te enteres de que por fin me he muerto. Tu amigo para siempre, Barry"

Pero no todo fueron alegrías en esa cárcel. Ninguna trae alegrías aunque yo intentaba encontrarlas. Un día tuve un gran disgusto. Estaba encantado en mi partida de ajedrez con Barry cuando de pronto se me acercó un guarda a quien tenía aprecio; un hombre bondadoso que siempre se había mostrado muy respetuoso conmigo. -"Tengo malas noticias para ti, hijo"-dijo extendiendo la mano en cuyo extremo sujetaba un papel. Era la documentación que había llegado desde el juzgado. Mi apelación para mi libertad condicional había sido nuevamente denegada. Lo leí con gran amargura y rompí a llorar desconsoladamente. Mis sollozos no tenían fin. Notaba la mano del guarda en mi espalda dándome pequeños golpes de ánimo y oía los tacos e improperios que soltaba Barry contra el juez que me alargaba de nuevo la sentencia.

Mi amigo cogió el sobre de mis manos y leyó en alto las razones de tal decisión. Aparentemente los testigos que acudieron a prestar declaración en el último juicio habían sido durísimos en su testimonio a la hora de discutir mi posible reducción de condena. Por entonces yo ya había llorado amargamente los delitos y faltas cometidos con mis víctimas. Me había confesado de corazón y había rogado al cielo que me diera la oportunidad, algún día de pedirles perdón en persona, de demostrarles la clase de hombre en que me había convertido.

-“Si tan solo pudiera postrarme ante estas personas a las que humillé, estas gentes que deciden ahora mi futuro y hacerles entender mi arrepentimiento, dolor, vergüenza y tristeza por lo que les hice...”-decía entre gemidos- “Pero ¿cómo probar convencer a una sociedad de que ya no supongo un peligro para ella?”

Barry me animó como pudo.-“Mira tío, no te lo tomes así”- decía.- El sello del juez aceptando tu libertad condicional no es más que un borrón de tinta en un papel lleno de garabatos. No te aflijas más, Albert...”

Sin embargo tardé bastantes días en reponerme del disgusto. Oré con toda mi alma para que el Señor me ayudara a ofrecerle mi pesar y le rogué consuelo. Y éste llegó antes de lo esperado.

Un par de semanas después de este incidente, recibí una llamada del director de la prisión.-"Albert, han llegado tus exámenes. Ya sé que nos tenían que avisar antes pero no lo han hecho. Lo siento, muchacho, pero tienes que examinarte hoy o no los aceptarán de vuelta". Porque yo seguía aprobando exámenes de literatura inglesa, de historia, de matemáticas...¡quería prepararme a fondo para estudiar una carrera universitaria!

No había elegido aún cuál, pero me gustaba soñar como los adolescentes a punto de entrar en la universidad. Todo rondaba por mi cabeza: Medicina, Física, filología inglesa y escribir e inventar historias maravillosas en libros de tapas de cuero...Sin embargo me encontraba ante un terrible desafío; No me había preparado para aprobar los exámenes tan pronto. Aquello fue un golpe bajo. ¡Me habían anunciado que me avisarían con tres meses de antelación!

El director de Parkhurst estuvo totalmente a favor de protestar ante semejante atropello pero yo me resigné. Sabía que de hacerlo se retrasaría una eternidad y me pondrían muchos problemas. Así que le dije que no se preocupara y que rezara para que me fuese muy bien. ¡Qué iba a hacer!

Recuerdo que era un día precioso de junio. A través del ventanal de la sala entraban los rayos del sol que me acariciaban el cogote mientras escribía las miles de respuestas. Porque estuve más de siete horas en esa sala, solo y sin más compañía que un montón de papeles llenos de preguntas difícilísimas de responder. Pero antes de entrar hice algo que sorprendió mucho al guarda que me vigilaba desde la puerta. Oré con todo el corazón, de rodillas y con las manos juntas. No sé el tiempo que permanecí así, quizás media hora pues luego noté cómo me escocían las rodillas. El guarda meneaba la cabeza de un lado a otro. Era obvio que dudaba de mi cordura.

Pero lo que ocurrió no tenía nada que ver con ninguna locura, no señor. Porque en cuanto tomé el lápiz para comenzar a responder noté una extraña y dulce presencia a mi izquierda y otra a mi derecha y comencé a tener un entendimiento claro como la luna llena. Una sabiduría extraña y maravillosa. Mi mente funcionaba rápida como el viento y la mano volaba entre las preguntas. ¡Zas, zas, zas...!Jamás he escrito tanto, tan rápido y tan bien en toda mi vida...Notaba un suave calor en mis mejillas que no sé explicar...Una dulce presencia, ¡Tan dulce y tan hermosa! No vi nada. Mis ojos físicos no captaron nada pero había algo...¡claro que en ese cuarto había algo o alguien además de mí!

Eran ángeles ¿qué iba a ser? los sentí. Los siento y muchas veces. aprobé y con unas notas excelentes. Lo curioso es que no me he olvidado desde entonces de toda esa información que contesté sin haber tenido tiempo de estudiarla!

En Parkhurst me ocurrieron muchos fenómenos sobrenaturales muy hermosos...¡cuántos recuerdos! No estuve demasiado tiempo en ella. A los pocos meses de aprobar todos los exámenes me trasladaron a otra prisión llamada Woodhill donde conocí a un sacerdote maravilloso que me ayudó mucho espiritualmente y a quien debo muchas alegrías durante

esos días. Lo conocíamos como el reverendo Kevin O'Connell. Tremendo personaje, lleno de dulzura, inteligencia y corazón. A su lado sentía la poderosa presencia de Cristo. Aún nos carteamos y está profundamente feliz de que la vida me haya conducido hasta aquí. Él me ayudó mucho cuando me ocurrió un extraño suceso en esa cárcel. Porque allí fue cuando Satán me atacó por primera vez. Fue un sueño tan real, tan auténtico que al amanecer tenía marcas por todo el cuerpo. Yo, como es obvio, me asusté muchísimo y cuando el padre Kevin llegó para llevar a cabo su visita diaria a los presos acudí a él para pedirle consejo. Los ataques comenzaron ese día pero con el tiempo han aumentado.

La siguiente y penúltima prisión fue la de Wayland, una prisión desoladora y donde encontraría muy poca felicidad. Procuré no mirar demasiado a mi alrededor y me centré en mi vida de oración y de estudios bíblicos. Gracias a Dios sólo permanecí 22 días en aquel lugar tras entrar un 4 de septiembre de 1997.

Me llevaron al ala donde tendría que dormir junto a otros presos pero me anunciaron que, dado a mi buen comportamiento, me traladarían muy pronto a una celda solo para mí. Me alegré mucho por mis compañeros porque, por lo visto, ¡ronco como un elefante! y eso obviamente los torturaba. Es curioso que nunca nadie me había dicho nada al respecto; ni mi esposa ni mis amantes... De todas maneras, creo que también influyó que reportara al director que yo era un hombre que oraba mucho y que necesitaba mis horas de silencio en profunda meditación. La verdad es que aquel director de prisiones era un buen hombre. Me trasladó y logré montar mi pequeño altarcito.

Como ocurría siempre, este hecho incitó una enorme curiosidad entre mis compañeros y los guardas pero acostumbrado a ello no me importó. Recuerdo que tuve suerte porque precisamente aquel día apareció por mi ala el sacerdote de la prisión para darme la bienvenida. ¡Se había corrido la noticia de que un extraño "vidente" andaba por las cárceles! Me ilusiónó mucho su visita y le pedí encarecidamente que bendijera mi pequeño altar y la celda. Porque yo bendecía las celdas en las que tuve que vivir... Desde la "experiencia" lo hacía.

Esta cárcel permanecerá siempre en mi memoria porque fue en ella cuando tuve la segunda visión más importante y clara de mi vida. Todas las visiones que he tenido lo son. Han transformado mi vida en algo con lo que nunca soñé. Si alguien me hubiera dicho hace nueve años, cuando mi vida estaba inmersa en el hoyo de la droga y en infierno de los delitos, que iba a desear con toda el alma convertirme en monje benedictino, me habría retorcido por los suelos de risa además de haberle partido la boca por imbécil. Ahora mi rumbo es otro y todo se lo debo a aquella experiencia de la que hablaré y a ésta a la que me estaba refiriendo, que fue la segunda.

¡Claro que todo esto es muy raro! No estaba seguro de las cosas que me ocurrían; igualito que estar tan confundido como un bebé que ve por primera vez el rostro de su madre después de haber estado nueve meses en la oscuridad de sus entrañas. Por supuesto que me sentía

confuso pero ni por un solo segundo dudé de que lo que veía no fuese cierto.

Veamos...Me desperté muy temprano el día después de que este sacerdote me bendijo mi nueva celda con su altar incluido. Me gustaba orar en la tranquilidad del amanecer cuando los pasillos de la cárcel estaban en profundo silencio.

En Highpoint tenía una ventaja inmensa. Detrás de los barrotes de la ventana de mi celda no había paredes grises ni aparcamientos de cemento sino un pequeño jardín cubierto de una verde hierba. Parecerá una simpleza pero cuando se ha vivido durante años y años con la única vista de un pedazo de ladrillos manchados, uno valora la naturaleza más de lo que se puede imaginar.

Pues, como iba diciendo, dije mis oraciones y luego me asomé a la ventana. Recuerdo que me entretuve un rato pensando en lo hermosa que era aquella hierba y me deleité soñando con que ya no me quedaban demasiados meses para cumplir mi condena y despedirme de la vida carcelaria para siempre.

De pronto y ante mi total estupor, vi cómo un edificio aparecía ante mis ojos, así... de la nada. Primero me pareció que mi cerebro me estaba jugando una mala pasada ya que el aire que posaba sobre la hierba comenzó como a moverse...como a temblar diría yo. Es imposible de describir...Digamos que ante mis ojos empezó a dibujarse primero la forma de un edificio y luego, con mucha más nitidez, las paredes. Eran blancas y tenían ventanas. Yo estaba maravillado. "pero...y esto ahora, ¿Qué es?"-me decía a mí mismo sin poder apartar los ojos de los barrotes de mi ventana.

Cada vez el pequeño edificio se aclaraba más y más ante mi entendimiento, y digo entendimiento porque era obvio que eso no podía estar ahí. A los pocos segundos el edificio se alzaba claro y precioso ante mi curiosa mirada, con sus paredes blancas y su tejado rojizo y...hasta un campanario. ¡Era una capilla! muy hermosa y de ella emanaba un halo...no sé...de inmensa paz.

Inmediatamente algo me habló al corazón. No sé las palabras porque fue más o menos una comprensión interior lo que me hizo saber que había que alzar una capilla ahí mismo. Los destinatarios de tal edificio debían ser los presos de Highpoint y se debía celebrar misas a diario. Hay otro detalle muy importante que mi mente fue capaz de entender en tal visión: eran los propios presos quienes tenían que levantar dicha capilla.

De pronto y ante mi disgusto, todo desapareció. Sentí una gran tristeza por no haber podido saborear durante más tiempo mi extraña pero hermosa visión, y a la vez una gran excitación. El corazón me latía apresuradamente y el nerviosismo por comunicar mi experiencia me comenzó a consumir.

Di muchas vueltas en la pequeña celda mirando mi reloj. ¡Dios mío, qué lentos transcurrían los minutos! Parecía que no llegaría nunca el momento de ir a desayunar. Ésta sería la ocasión adecuada para pedir a

los guardas permiso para hablar con el sacerdote de la prisión y compartir lo que me acababa de suceder.

No quiero seguir hablando de este hombre sin mencionar su nombre. Se llama padre Michael Treader y si lo nombro es como un pequeño homenaje hacia su persona. ¡Pocos hombres hay en el mundo tan buenos y llenos de Dios como él !Es mucho lo que lo quiero y lo respeto. Fue un apoyo emocional y personal tan inmenso en Highpoint...! Quiero que el mundo sepa que los sacerdotes que acuden a las cárceles a atender con su fe y cariño a los presos están tocados por los ángeles. ¡Magníficas criaturas de Dios, siempre dispuestos a entregar cariño, esperanza y amor...! A veces eran el único consuelo en meses y hasta en años...

Michael fue un gran amigo en aquellos tiempos y lo sigue siendo. Siempre guardaré un espacio muy especial en mi corazón par su persona.

Él me recibió de inmediato y escuchó pacientemente mi relato sobre la visión. –“No temas Albert, si es cosa de Dios, algún día se hará esta capilla, que buena falta hace en este lugar. Yo hablaré con el director de la prisión, aunque debes estar preparado para que se rechace la propuesta. Sin embargo no desesperes. Dios sabe muy bien lo que hace cuando nos utiliza como lo está haciendo contigo, y no pierdas el tiempo. Habrás de saber que tal vez consigas ver esa capilla construída mientras vivas o tal vez no. Nadie lo sabe. Pero lo que sí sé es que yo voy a transmitir este suceso al director”.

–“¿Y qué puedo hacer yo mientras tanto?”- dije angustiado por la prisa por ver resultados.” –“Orar”-fue su contestación. Desgraciadamente hasta el día de hoy no tengo noticia de que se haya aceptado mi propuesta pero sí puedo decir que el director quedó muy impresionado con la historia. ¿qué es lo que he hecho para solucionarlo? ¡Pues orar por ello! Tengo una fe indestructible y sé que si es cierto lo que vi (y tengo la certeza de que así es) algún día se cumplirá. No sé cuándo...a mi me da igual. Yo sé lo que vi y punto.

Como he dicho, Highpoint fue la última de las cárceles y ahora creo que ha llegado el momento de hablar de la más increíble experiencia de toda mi vida, esa que ocurrió en una noche de viento, frío y soledad.

### La experiencia

**La prisión de Everthorpe era un agujero negro lleno de hombres peligrosos como ratas rabiosas y similar a todas las demás cárceles del mundo. Allí me ocurrió algo que no me había pasado antes. Mi verdad tiene que conocerla el mundo. Es importante que la gente sepa mi historia y no deseo en absoluto sacar provecho de ello ni alcanzar fama ni popularidad. Hemos llegado al punto clave de mi vida. Las cosas de**

## **Dios no son fáciles de captar. A mi me costó un montón de horas descifrar lo que me había ocurrido.**

Me habían trasladado a la prisión de Everthorpe. ¡Qué prisión tan dura, Dios mío! Pensé que después de Wakefield donde había tocado el mismo infierno con los dedos podría sobrevivir a todo. Y así fue pero sólo sobrevivir, ya que no daba para más. ¡Claro que tuve terribles peleas en Everthorpe...! Ya lo creo! igual que en todas las anteriores...y también drogas, alcohol y pornografía a raudales. ¿Cómo decoran los presos sus celdas? pues pegando en las paredes fotografías de mujeres desnudas, en posturas obscenas, sin dejar un espacio libre, así, de arriba abajo. A veces intercambiábamos posters. –“¡Edward!, esa tía que tienes en ese rincón me gusta demasiado...te la cambio por un paquete de cigarrillos o por este póster de esta mujer negra que lo tengo repetido!”- gritábamos de celda a celda.

-“Vale”...-contestaba Edward – “pero no por cigarrillos sino por un “merengue de nata”. Un “merengue de nata” es una raya de cocaína. Dábamos nombres a todas las drogas para que los guardas no se enteraran de lo que se trajinaba. ¡Ni que fueran idiotas! Claro que lo sabían. Los guardas en prisión saben todo, absolutamente todo...

Pues no solo porque están preparados magníficamente bien para tratar a diario con la mayor chusma de la sociedad sino porque en la prisión hay muchos chivatos. Éstos son siempre apaleados tarde o temprano por los demás presos como venganza. Pero mientras dura su misión como espías, obtienen grandes beneficios por parte de los guardas, como hacer las tareas menos duras de limpieza o tomarse ciertas libertades, por ejemplo acabar por tener una televisión en la celda. En la cárcel como en todas partes hay favoritismos y peloteos.

Everthorpe era dura y cuando no me pegaba con alguien me metía en otro lío y no faltaron ocasiones en las que acabé metido en las celdas de castigo durante unas semanas. Sin embargo “eso” no me ocurrió en una celda de castigo.

Sucedió durante una noche cualquiera, en un momento tan inesperado como la llegada de la misma muerte en un accidente o como se levanta de pronto una tormenta en alta mar.

La noche era fría como el hielo. El invierno de aquel año 97 fue terrible, espantoso...Al norte de Inglaterra hubo incluso personas que murieron de neumonías y gripes violentísimas. Y, como en todas partes, en Everthorpe pasábamos mucho frío. Durante el sueño nos abrigábamos cuidadosamente para no caer enfermos, con esas mantas grises y ásperas de las cárceles de Inglaterra.

También recuerdo que aquella noche era especialmente oscura y silenciosa. No había luna llena y ni siquiera luna, dada la tremenda falta de luz que había fuera. El silencio invadía todo y tan sólo se podía percibir el lejano ronquido de alguno de los presos a lo largo del pasillo del ala C en cuya celda número ocho yo dormité leyendo hasta eso de las once de la noche. Después apagué la pequeña lámpara de la mesilla y

caí en el más profundo de los sueños. Mientras tanto el nuevo año hizo su entrada. Era la noche del 31 de diciembre de 1996.

A las dos y veinte de la madrugada exactamente, el 1 de enero de 1997, me despertó un terrible y muy doloroso golpe seco en el pecho. Fue algo muy semejante a un violento y salvaje puñetazo justo en el centro del esternón. Mi primera reacción fue levantarme aterrorizado, aún con los ojos cerrados por el sueño y con la angustia en el corazón de pensar que alguien había logrado, increíblemente entrar en mi celda en mitad de la noche para darme una paliza.

-¡"Pero qué rayos está pasando aquí!" –vociferé, haciendo un gran esfuerzo por abrir los párpados en medio de la conmoción. Aturdido, logré poco a poco enfocar la vista y miré mi reloj de pulsera.

Furioso y dolorido intenté enderezarme como pude tras el impacto, encogido por la sacudida. De pronto me di cuenta de que algo me estaba impidiendo abrir enteramente los párpados. Una increíble y potentísima luz llenaba mi pequeña celda.

-“¿Pero qué pasa?” ¡Quiten ese foco de mis ojos! ¿Quién es usted? ¿qué es esto?”- grité desesperado acariciándome el pecho en donde había sufrido el golpe.

Me percaté entonces de que estaba sudando profusamente y de que en mi celda había un inexplicable calor, fuerte como el sol y extrañamente extraño...-“¿Cómo puedo estar sudando con el frío que hace? ¿Qué está ocurriendo? pensaba presa de angustia.

Entonces lo vi

Ante mi y entre esa luz, bella y esplendorosa se desdibujaba la figura humana de un adulto. La hermosura de aquella criatura era inmensa, diferente de todo lo que yo hubiera visto o imaginado jamás. Su brillo era semejante al de mil estrellas, su pelo era del color del cristal más fino y su rostro... ¡Cómo describir el rostro de aquel ser...! si dijera que se asemejaba al del hombre más hermoso de la tierra no sería justo con él. Su belleza iba más allá de lo mundano...

Percibí muchos rayos de luz que parecían salir disparados de su espalda. Pude ver sus manos. Eran humanas, de un color entre la miel y el marfil. Su vestido era dorado como el sol, semejante a una túnica. Lo que más me llamó la atención es que sujetaba una espada en su mano derecha, una espada reluciente y enorme.

Inmediatamente me di cuenta de que algo sobrenatural y fuera de todo mi entendimiento estaba produciéndose ante mis propios ojos. Me atemoriqué terriblemente y recuerdo que, en mi miedo, me levanté de un brinco y corrí a acurrucarme en una esquina de la celda, intentando protegerme la cabeza con ambas manos. A pesar del enorme pavor, capté de inmediato que el dolor había desaparecido y se había transformado en una extraña paz interior que sin embargo no pudo templar el terror que sacudía mi cuerpo con fuertes temblores.

-“No temas, Albert”- oí de pronto- “No te haré ningún daño”. Una voz dulce como la de un niño envolvió mis oídos con una claridad tan

perfecta, tan bella...Era una voz profunda, masculina y hermosa. Su timbre no era parecido a ningún sonido que hubiera escuchado en mi vida. Creo que fue entonces cuando empecé a percatarme de que realmente no estaba soñando y de que increíblemente, tenía ante mí un ser de otro mundo.

Aquella aparición siguió hablándome.

-“Albert, Dios me ha enviado a ti. Soy un ángel del cielo y vengo a anunciarte algo que cambiará el resto de tu vida. Dios, tu Padre y el de todos los hombres, te ha escogido para una tarea especial que te será revelada a su tiempo.

“Escucha bien mis palabras: nunca volverás a dañar a ningún ser humano y jamás defraudarás a tu Señor como has estado haciéndolo durante todo tu pasado. A partir de ahora serás un ser dedicado a Dios, trabajarás para Él”

“Te enfrentas a un futuro incierto, desconocido para ti. Pero no te rebelarás contra el Señor ni sus designios. Por el contrario, seguirás mis instrucciones y te dejarás llevar por mi mano hasta tu muerte.”

“Recorrerás un camino espiritual muy difícil, largo y lleno de trabas que en un principio no comprenderás. Por ello debes abandonarte a Dios. Él mismo guiará tus pasos hasta el fin de tus días a través de su Espíritu.”

“En su momento, irás a vivir a un lugar santo, bendecido por el mismo Cristo. Te acompañarán gentes de Dios, escogidas especialmente para guiarte hacia Él. Todos tus conocidos y amistades serán hijos predilectos del Altísimo y tu vida no formará nunca más parte del mundo de Satán.”

“A partir de ahora, abandonarás todo vicio. No podrás pecar como antes, ya que el poder y la libertad de Lucifer sobre ti han sido anulados por mandato divino, aunque tiene permiso de tentarte según su voluntad. Una legión de ángeles te acompañarán día y noche durante todos los días de tu vida y te dirigirán para que no cometas faltas que desagraden a tu Señor. Yo seré uno de ellos pero muchas veces no podrás percartarte de nuestra presencia. Otras, sin embargo, podrás vernos aunque jamás volveremos a hablar como lo hacemos hoy.”

“Por último, tendrás el poder de ver en los ojos de la gente quiénes son los hijos predilectos de tu Dios y quiénes lo llevan en el corazón. Yo te ayudaré y estaré cerca de ti hasta tu muerte.”

“A partir de ahora, cada uno de tus latidos pertenece a Cristo.”

Mudo de admiración y destemplanza no podía hablar...Me invadía un estado de terror como jamás lo había experimentado. Lleno de estupor noté cómo una fortísima presencia de amor y quietud comenzaba a llenar la estancia. Mi corazón latía desenfrenadamente; noté que me faltaba el aire y temí desmayarme.

-“Prepárate, Albert. El Señor te va a hablar. Estás ahora en su presencia.”

Por mi cabeza daban vueltas miles de ideas y al mismo tiempo un entendimiento muy poderoso se había adueñado totalmente de mi. Así, las palabras de ese maravilloso ser calaban una por una en lo más profundo de mis entrañas como una suave melodía jamás oída. Al fin pude emitir unas tímidas palabras.

-“Pero...yo...”-Balbuocé- “Yo no soy nadie. No soy nada...¡Ni siquiera sé nada sobre Dios o la religión! No creo ni que esté bautizado...¡Yo no tengo formación para estas cosas! ¡Cometes un error! ¡Mírame! ¿Acaso no ves que no soy digno? ¡busca a otro!...”

-“No temas, Albert”- dijo el hermoso ser ante mis ojos- “Comenzarás a creer. Te bautizarás, confirmarás y harás todos los votos necesarios para seguir el camino que Dios ha escogido para ti. A partir de ahora le pertenecerás totalmente. Recuerda siempre que Dios Todopoderoso te ha escogido.”

De pronto me vi envuelto en un silencio sepulcral. El ángel calló y yo quedé enmudecido, inmerso en una paz infinita y con el convencimiento de que algo aún más poderoso iba a suceder. Me preguntaba qué sería y decidí concentrarme en controlar mi miedo.

La celda continuaba llena de luz y de pronto sentí una omnipotente Presencia a mi alrededor. No podía ver nada con los ojos, tan solo esa luz. La figura de lo que yo sabía que había sido un ángel había desaparecido pero su luz todavía flotaba en el ambiente. Algo muy poderoso, muy fuerte, se cernía a mi alrededor. Pero lo que era...eso no lo podría describir aunque quisiera.

Yo estaba a la vez nervioso, asustado y feliz. No existen palabras para expresar lo que un hombre puede sentir ante un hecho así. No percibí esta nueva Presencia con la misma nitidez con la que vi al ángel, no, para nada. Yo no podía distinguir con los ojos esa increíble Entidad ante mí, físicamente hablando. Sin embargo la intuía, la palpaba con todos los poros de mi piel y con el corazón. Con todos los sentidos de mi alma. Podía distinguir la forma, los límites exteriores de tal Presencia. Quizá la podría describir como un ser...humano, Humano, sí...O al menos su forma. Era poderoso en extremo. Era como un hilo de plata fino y perfecto delineando una maravillosa atmósfera de luz.

La vibración que emanaba de esa Presencia que no era otro que Dios mismo, era de extrema paz e inmenso amor. También despedía calor pero no asfixiante sino un calor dulce como el que se siente en contactos de extrema ternura, parecido al que se siente cuando se abraza a un bebé recién nacido o al ser al que amas con toda el alma. Podría definirlo como una sensación de tierna protección en un grado hiperbólico. Y ésta me hizo sentir por primera vez en mi vida, inmensa y profundamente amado.

Esa Presencia se acercó aún más a mí. Yo ya no me defendía como antes protegiéndome la cabeza con las manos y acurrucándome en una esquinita. No...Ahora me había puesto de rodillas ante el mismo Dios. Desconozco desde qué momento lo hice ya que no lo puedo recordar

aunque creo que fue a los pocos minutos de comenzar a hablar con el ángel.

Como digo, yo me encontraba arrodillado, inmensamente feliz ante esta Presencia, ante la invisible Presencia de Dios mismo, allí, en mi pequeña celda. De prono noté que ese calor se me acercaba mucho a la boca. Notaba que el calor aumentaba enormemente pero sin quemarme los labios. Era una sensación muy extraña...Calor... pero un calor a la vez fortísimo y cálido...

Se posó durante unos segundos sobre los labios. Yo no entendía, no sabía lo que aquello podía significar...Luego oí una potente voz que me dijo: "Isaías, capítulo seis, versículo seis y siete". Más que voz fue como un eco o algo parecido...Mi sorpresa y falta de entendimiento eran enormes. Yo jamás había leído la Biblia como tampoco había oído hablar nunca de Isaías. Sin embargo sí comprendí que el Señor me estaba hablando de un pasaje bíblico.

La misma voz, potente y poderosa volvió a dirigirse a mí. Me dijo: - "Albert, debes dejar de correr". Luego me habló de varias cosas que no puedo revelar. Son privadas; hacen referencia a ciertos secretos de los que sólo podré hablar cuando reciba permiso para ello. Desconozco cuándo y a quién diré lo que se me anunció, pero sí digo que tales secretos serán revelados cuando el mismo Dios me permita hacerlo. Sólo lo sabré a través de la oración.

El Señor me dijo que me utilizaría hasta el resto de mis días y que yo debía obedecer siempre. También me avisó que nunca más estaría solo, que Él cuidaría de mí y que me dejara guiar por su mano.

Después el calor dio paso poco a poco a un leve frescor y la luz, esa luminosidad tan magnífica que me tenía arrebatado se fue disolviendo ante mis ojos hasta que desapareció del todo. Y yo quedé ahí, sobre el helado suelo de baldosas de mi celda, aturdido, confundido y temblando.

Todo se había desvanecido ante mi vista de la misma manera súbita en la que había aparecido quince minutos antes. Ya no quedaba nada a mi alrededor de aquel extraño visitante de la noche. Y entonces me volví a encontrar envuelto en la oscuridad y en su silencio.

No sé el tiempo que tardé en levantarme, confuso hasta la saciedad. Me temblaba todo el cuerpo y me caían grandes gotas de sudor por la frente. Recuerdo que mi camisa estaba empapada y que tal sudor comenzaba a enfriarse rápidamente en la temperatura natural del ambiente que era muy desapacible.

Mis oídos fueron percatándose lentamente de los ruidos de alrededor. Pronto distinguí con claridad los insultos y gritos de algunos de mis compañeros de pasillo. Fueron precisamente sus comentarios los que me hicieron caer en la realidad de lo que me acababa de ocurrir.

"¡¡Albert!!- gritaba Edwin mi vecino de celda- ¡Te voy a matar, maldito hijo de perra! ¿Cómo demonios se te ocurre encender un *flash* a todo gas en mitad de la noche? ¡Nos las pagarás mañana, cabrón!"

-“¡Cerdo!- oí gritar a Nicholas- ¡Nos has despertado a todos con tu maldita luz! –“¡¡Callad de una vez!!” oí chillar a Andrew desde el fondo del pasillo- “¡Ya la ha apagado, así que sois vosotros los que estáis despertando a todo el mundo, joder!”

Hubo alguno que otro farfullar y luego, poco a poco, sus protestas se fueron acallando hasta que las voces dieron paso de nuevo a las suaves respiraciones del sueño y los ronquidos. Y yo me quedé solo, profundamente aturdido y sospechando que todo lo que me había pasado era real.

Me levanté como pude del suelo y a trompicones regresé a mi cama. Me senté sobre ella y miré el reloj. Eran exactamente las dos y veintiocho minutos de la madrugada. Esto me indicó que el ángel y la invisible Presencia de Dios habían estado conmigo sólo durante diez minutos. Los breves diez minutos más importantes de toda mi vida.

Sentado sobre la áspera manta de mi cama y con la mirada perdida en el infinito sopesé pausadamente todo lo que acababa de ocurrir.

De pronto hice algo de lo que estoy muy avergonzado: Pensé: -“Al fin me he vuelto loco. Eso es...Tantos años de abusos con las drogas, la violencia, el alcohol...han acabado por trastornarme. Tampoco todos estos años pasados en la cárcel me han ayudado a mantener mi cordura. Está claro. Ha tenido que ser eso. No hay más explicación”.

Razonando así o tal vez deseando pensar así, me levanté como pude, me dirigí al lavabo y me refresqué el rostro. Luego me quité la camisa empapada de sudor y me puse una camiseta. Me tumbé en la cama, coloqué ambos brazos tras la cabeza y comencé a analizar todo lo que me acababa de suceder.

-“Si es cierto lo que ha sucedido esta noche, aquí en mi celda”- me dije-“y es real que yo, Albert Michael Wensborough, he estado hablando con el mismo Dios, entonces mándame, Señor, una señal que me haga discernir si todo es producto del mismo cielo o si por el contrario, todo ha sido provocado por una locura mía...Porque yo ya no sé qué pensar. Tal vez me haya vuelto loco...”

Tuve la desfachatez de intentar poner a prueba al mismo Dios pidiéndole una señal y ¡Vaya que si me la dio...!No tardó ni unos segundos.

Yo en mi impertinencia lo seguí retando así: -“A ver, Dios, si todo es cierto, haz que deje de fumar ahora mismo, de beber y de hacer uso de las drogas. A ver si eres capaz de hacer que no diga tacos nunca más, que deje de hablar como un puerco y que me dejen de gustar esas tías desnudas que cuelgan de las paredes. Y no solo eso. Haz que pueda perdonar a mis enemigos (a los que por cierto quiero asesinar) y reunirme con mi familia.”

No recuerdo haberme quedado dormido tras estas palabras. Fue diferente, como si alguien me tocara la frente suavemente y me hiciera dormir. Noté un pequeño halo de calor alrededor de las sienes y me sumergí en un profundo sueño. Hoy sé que fue el Espíritu Santo quien

me hizo cerrar al fin los ojos en medio de tal nerviosismo y perder el conocimiento de manera muy similar a lo que ocurre cuando se duerme.

Lo siguiente que recuerdo es que, de pronto y mientras dormía tuve el conocimiento de que mi celda había sido abierta. El pestillo, sin explicación alguna, se había corrido. Me levanté bruscamente abriendo mucho los ojos, con una vivacidad anormal para un momento como ése, después de un profundo sueño. Andando con seguridad me dirigí hacia la puerta y empujé con los dedos suavemente. En efecto y como había sido informado en el interior del corazón, mi celda estaba abierta.

Antes de que me diera cuenta, uno de los guardias que en ese momento paseaba por el pasillo en horas de vigilancia, se percató de lo sucedido y se abalanzó sobre los barrotes para cerrarlos bruscamente.

-“¡Muchacho!-dijo lleno de asombro- ¿Cómo has logrado abrir la puerta? Sólo se puede abrir desde fuera y es imposible que se haya corrido el pestillo solo...”

-“Yo...no sé-dije, aturdido por este nuevo suceso- No me pregunte porque...yo...yo no he hecho nada...”

El guarda me me miró suspicaz.

-Hijo, ¿estás bien?-preguntó- tienes mala cara...

-Sí –contesté- No es nada. Déjeme solo.

Después de esto se quedó mirándome durante unos tensos segundos y sin hacer más mención del hecho se alejó por el pasillo no sin volver la mirada una o dos veces. Descubrí preocupación y sospecha en su expresión y opté por regresar a mi camastro en silencio.

Mi mente comenzó a elucubrar a toda velocidad.-“¡Oh Señor!, ¿y si todo esto fuera cierto? ¿Qué es lo que me está ocurriendo esta noche?”- me repetía. Cuando ya no podía oír los pasos del guarda al final del pasillo me derrumbé sobre la cama. Enconces, presa de la desesperación y la incertidumbre, encontré la peor de las soluciones para templar mi desazón. Decidí buscar mi marihuana y me puse frenéticamente a revolver por todas partes. Siempre tenía unas pocas hierbas por ahí escondidas como casi todos mis compañeros...

-“Esto no puede ser”-me decía a mí mismo mientras levantaba el colchón. -“Voy a prepararme un canuto y me lo voy a fumar a ver si esto me relaja de una vez. Vamos, vamos, Albert...tranquilo...¿Dónde has escondido la maldita hierba?”

Así me hablaba a mi mismo, nervioso e inquieto, dando vueltas por la celda y poniéndolo todo patas arriba. Por fin entre las hojas de una revista *Playboy* apareció lo que tanto ansiaba encontrar: un poco de marihuana. ¡al fin calmaría los nervios y descubriría que todo había sido producto de mi imaginación!

Lié el canuto suave y pausadamente con el corazón latiéndome a toda velocidad y deseando acabar pronto, muy rápido. -“Todo esto terminará en unos segundos...”-murmuraba mientras me daba cuenta de que un extraño calor volvía a envolverme.

Cuando ya había preparado mi droga, la encendí y la acerqué a los labios. Pero en cuanto éstos rozaron levemente el papel una sacudida violenta e impredecible me levantó de golpe de mi asiento. De pronto me

invadieron unas náuseas tan grandes que tuve que correr hacia el retrete lo más rápido que dieron mis piernas. Vomité terriblemente, algo que jamás había visto. Sólo puedo describirlo como “una masa de carne como podrida”. Jamás he visto nada parecido. Me asusté muchísimo...una masa carnosa pestilente...No es posible que fuera parte de la cena porque ésta había consistido en espaguetis y verduras. Además yo solo había tomado verduras. No suelo cenar. Me atiborro en el almuerzo pero hace muchos años que tomé por costumbre no cenar apenas y aquella noche no fue una excepción.

De pronto el sudor regresó con saña. Mi estado era terrible. Me empecé a encontrar muy muy mal. Un insoportable malestar me invadió todo el organismo.

Entonces ocurrió un nuevo suceso que no olvidaré jamás. En medio de mis tremendas náuseas solté un taco de los gordos. Yo era un perfecto experto en decir barbaridades. Mi lenguaje era despreciable, soez y horrible. De cada diez palabras ocho eran tacos, palabrotas y obscenidades. Así que no era extraño que se me escapara uno en pleno malestar. Fue en ese preciso instante, justo después de soltar esa palabrota, cuando volvió a doblarme por el estómago un espantoso dolor abdominal indescriptible. Volé hacia el retrete de nuevo y comencé a vomitar violentamente otra vez. La sensación era espantosa, ¡terrible!...

Entonces y al fin lo entendí todo...Regresaron a mí algunas de las palabras del ángel con una inmensa claridad: -“No volverás a pecar como antes. Yo te ayudaré”. ¡ No podía probar la droga! Sólo pensar en fumar ni siquiera un cigarrillo normal y corriente me hizo volver a sentir una punzada de dolor tan intensa que caí sudoroso y temblando sobre el camastro.

-“¡No puedo más!-balbuceé.

Sentí una irresistible necesidad de acabar con todo lo que escondía bajo el colchón, las sábanas...Y como un loco comencé a tirar a través de los barrotes de mi ventana, hacia el exterior, todo lo que podía formar parte de una vida de vicios constantes. Tabaco, droga, alcohol y hasta unos gramos de crack que encontré bajo un libro, salieron disparados por la ventana o desaparecieron por el desagüe del retrete. En segundos había acabado con toda la droga existente en mi pequeña celda.

En mi pensamiento sólo había cabida para una gran tristeza. Mi amargura creció hasta un punto en el que no pude contener las lágrimas.

-“¡Perdóname, Dios mío!, ¡perdóname!” Lloré con gemidos suaves, callados, como los de un niño a quien han maltratado sus padres y que no se atreve a hacer ruido. Un miedo indescriptible me atormentaba. Miedo al suceso que acababa de irrumpir en mi vida, temor de Dios...No faltaron pensamientos de terror hacia “el que dirán”...porque el lugar donde se estaban produciendo semejantes acontecimientos era, ni más ni menos una cárcel peligrosa y repleta donde, por un suceso así, me convertiría en el centro de las más terribles afrentas.

Pensaba incesantemente en Dios y sentí una vergüenza mortal. Vergüenza por mi pasado, por mis actos delictivos, por no haber tenido jamás fe ni haberme preocupado de descubrirla.

Cuando conseguí templar mi amargura y que el llanto remitiese, oí de nuevo una voz. Sin embargo esta voz no era como la anterior, ésa que mis oídos habían sido capaces de captar minutos antes. Ahora se producía un nuevo fenómeno pues una voz suave y dulce me habló con ternura al corazón. No lo oyeron mis oídos ni se me metió tal sonido en el cerebro. Algo me habló al corazón, clara y nítidamente. Mucho tiempo más tarde, ya viviendo en el monasterio, me explicaron que es un fenómeno místico llamado "locución". Es un mensaje interior que capta el cerebro, de manera que uno tiene la absoluta certeza de que se las ha dicho Dios. Las palabras fueron: -"Las paredes, límpialas"

Levanté horrorizado la vista para descubrir por primera vez con otros ojos el espectáculo con el que había empapelado las paredes de mi celda de techo a suelo. Pornografía hiriente me asltaba ahí donde mirara.

Me puse de pie de un salto y presa de angustia comencé a arrancar violentamente todos y cada uno de los carteles, fotos y ampliaciones que habían sido mi compañía durante esos largos años de prisión.

Así, dando golpes y arañazos a los muros me encontraron a la hora del desayuno mis compañeros. No me percaté de su sorprendida presencia hasta que uno de los guardas me agarró con fuerza por la espalda.

- "¡Basta muchacho!, ¡vale ya! ¡Vas a arrancarte todas las uñas! ¡Te sangran los dedos, Albert! ¡tío, contrólate!" Ni tan siquiera me había dado cuenta de que habían abierto mi celda y de que tenía al otro lado un gran grupo de observadores que, atónitos, miraban boquiabiertos mis sacudidas por la celda.

- "¡Pobre Albert...-Oí decir a Edwin- "Se ha vuelto majareta"

- "Es hora de desayunar, Albert –dijo el guarda cuando por fin me soltó, tras comprobar que había logrado calmarme.-"Vamos chico, tranquilo...Eso es..."

- "No quiero comer"- fue mi respuesta

- "Está bien, pero tranquilízate, ¿de acuerdo?"

Asentí con la cabeza, recibí una palmada en la espalda y no sin dejar de enarcar muchas cejas a mi alrededor, me dejaron solo.

- "¡Vamos, vamos! –oí que decía el guarda- ¿qué miráis? ¡Parecéis porteras chismosas! ¡Venga, venga! al comedor...Dejad al chico solo..."

Los presos, uno a uno, comenzaron a alejarse hacia el comedor meneando la cabeza de un lado a otro, como queriendo mostrar lástima por mi estado de locura. algunos me miraron con una sonrisa cruel en los labios. Se alegraban de lo que ellos creían que era un nuevo problema en mi vida, como lo es una enfermedad mental. Nadie podía sospechar lo que realmente me había ocurrido y ninguno imaginaba lo que muy pronto se verían arrastrados a hacer. Porque muchos de esos hombres, tanto los desalmados como los menos violentos, acabarían en pocas semanas rogando entre sollozos que los atendiera y escuchara y les hablara de Dios.

Pero aún me quedaba un camino espinoso por recorrer hasta llegar a tal situación. Además yo ignoraba totalmente ese futuro. Los primeros días después de la experiencia trascurrieron llenos de confusión y nerviosismo por mi parte. No sentía malestar. Éste desapareció a las pocas horas de asear y limpiar definitivamente mi pequeña celda. Sin embargo el miedo no me abandonaba. Miedo a los presos, a lo desconocido.

No sentí temor alguno hacia Dios. Apenas sabía algo de Él pero me propuse empezar a conocerlo el mismo día de mi experiencia. Mi sed de Dios era inexplicable desde todos los puntos de vista, incluyendo los míos. Algo me empujaba interiormente a descubrir, a saber cosas de Él, a aprender a interpretar la Biblia...Meses más tarde el padre Michael me regaló una.

Después de que me dejaron solo aseando mi celda pedí permiso para acercarme a la capilla. –“¿A la capilla?”- preguntaron atónitos tanto los guardas como los presos de mi ala. –“Sí, a la capilla. ¿Qué pasa?” – “Bueno, bueno, vale...!” – Me contestaron.- “Hablaemos con el director a ver qué se puede hacer.

Claro que no tuve ningún problema. Lo que ocurrió es que se pusieron ufanos porque sospecharon que planeaba algo. Durante todo el tiempo que había permanecido en Everthorpe hasta entonces, yo no me había comportado como un hombre tranquilo. Les había dado mucha guerra...Tuvieron que encerrarme en celdas de castigo en muchas ocasiones. Era listo y temieron problemas. Por eso me miraron con suspicacia y tardaron un par de días en darme permiso para acudir a la capilla a rezar. Pero lo hice. Lo hice en cuanto pude.

Sentía una terrible ansia por acudir, por acercarme por primera vez en mi vida a un sagrario, a un altar...Me obsesionaba noche y día por obtener una Biblia. Las palabras del ángel retumbaban a todas horas en mi cabeza: “Isaías capítulo seis, versículos seis y siete” . ¿qué podría significar aquello? Tenía que descubrirlo y en cuanto me hiciera con una Biblia lo descifraría.

También me atormentaba la idea de cómo me acercaría al padre Michael, sacerdote de la prisión, para relatarle lo sucedido. Todavía temía su reacción. Me repetía una y otra vez:-“Se burlará de mí...Pensará que estoy loco, como todos los demás...Pero ¡tengo que hacerlo! ¡Él es el único que me puede ayudar!”.

Por fin, un par de días después de la experiencia, logré ir a la capilla y hablar con el padre Michael. Para mi entusiasmo me encontré con un hombre de una bondad celestial, lleno de ternura, comprensión y paciencia.

-“Hijo mío – me dijo tras escuchar en la más estricta confidencialidad mi extraño testimonio-. “ No sé si lo que te ha ocurrido es cierto. Nadie lo puede saber. Las cosas de Dios son difíciles de descifrar, pero son muy hermosas...No te preocupes, ya descubriremos la verdad.”

-“¿Y cómo va a ser eso posible, padre?”- pregunté desesperanzado.

-“Por las obras. Si todo esto es de Dios no te quepa duda de que lo sabremos por todo lo que se desarrolle en tu vida a partir de ahora.”

Y así se ha cumplido. Él fue quien me dejó una Biblia ese día y quien unos meses más tarde me regaló la *Nueva Biblia de Jerusalén*. Recuerdo cómo, muy agradecido lloré en el hombro del padre Michael.

-“No llores, hijo,” –me dijo con dulzura-. Llévatela y lee despacio ese párrafo de Isaías. Yo ya lo he hecho.”

-“¿Y qué le ha sugerido, padre? ¿Estoy loco? ¿Tiene sentido con lo que me ha ocurrido?

El padre Michael me sonrió.

-“¡Ya lo creo que tiene sentido. Desde mi punto de vista, tiene todo el sentido del mundo. Pero ahora ve, hijo y léelo despacio. Ya hablaremos mañana.

(El texto de Isaías 6,6-7 dice así: *6. Uno de los serafines voló hacia mí trayendo un ascua que había tomado del altar con unas tenazas. 7. Me lo aplicó en la boca y me dijo: - Al tocar esto tus labios desaparece tu culpa y se te perdona tu pecado.*)

-¡Ahh! ¡Pues claro que se me hizo la luz!...Lloré durante horas abrazado a esa primera Biblia que sujetaba con fuerza entre mis brazos. Tuve el convencimiento entonces de que todo, absolutamente todo, había sido cierto...

Aquel 1 de enero de 1997 yo entregué para siempre mi vida, mi alma y todo mi ser a Cristo. Desde entonces estoy descubriendo a mi Dios que es el de todos los hombres que, ciegos como lo estaba yo, no lo quieren encontrar. No he podido probar las drogas ni el alcohol desde entonces. No he soportado la pornografía ni he tenido ninguna inclinación ni deseo sexual desde aquella noche celestial. He borrado de mi vocabulario toda palabra obscena y jamás volveré a ser violento ni agresivo con ningún ser humano, incluyéndome a mi mismo. Vivo amando a Dios por encima de todas las cosas y sólo ansío servirle como Él desea que lo haga. Mis días se centran y se basarán hasta mi fallecimiento en seguirlo y conocerlo a través de la oración y la Biblia, libro santo, difícil de entender y dominar...Todavía sigo aprendiendo a escuchar a Cristo a través de sus líneas.

Y hoy me pregunto una y otra vez: ¿Por qué yo?. ¿qué hice para merecer tanto amor, tanta ternura...? Y sobre todo: ¿qué habría sido de mi si no me hubiera salvado aquel mensajero en la noche?...?

## **DESPUÉS DE LA EXPERIENCIA**

Desde el primer momento supuse que iba a vivir un tormento. Era lógico. Está fuera de toda coherencia que un hombre encerrado en prisión durante catorce años se ponga a decir que se le ha aparecido un ángel y que ahora quiere ser monje. Ha sido un camino tan difícil el que he tenido que atravesar para poder acabar en este lugar que realmente aún no puedo entenderlo ni siguiera yo mismo. Bueno, sí puedo porque

sé que Dios estaba decidido a ello. Además ya me lo dijo el ángel aquella noche: -"Andarás un camino árduo que no alcanzarás a entender...". Pero el señor sabe lo que hace y sabe llevar a cabo lo que se propone. Yo solo no lo habría logrado jamás.

¿Cómo fue mi llegada a este monasterio? El ángel no mentía cuando me anunció que los pasos serían espinosos. Quizá el trago más amargo fueron las reacciones iniciales de los presos. Sin ir más lejos mis compañeros de ala no tardaron en concluir que me había vuelto loco. "¡Ha perdido la cordura al fin!", decían a mis espaldas. No los culpo. todo era tan raro... Pero yo estaba experimentando un cambio dentro de mí. De repente me sentía inmensamente feliz, sin miedo a la vida, ni temor hacia el mal que me rodeaba constantemente. Aseaba mi pequeña celda a todas horas y muy pronto me hice el pequeño altar del que ya he hablado antes.

Esa Biblia del padre Michael fue mi gran tesoro durante muchos días. Comencé a devorar los Evangelio seguidos por el resto del Nuevo Testamento y antes de un santiamén y sin apenas darme cuenta me había enamorado perdidamente de la figura de Cristo. Leía y releía el libro sagrado con una avidez loca y conforme avanzaba mi conocimiento sobre su persona notaba que la lectura me atraía cada vez más. Era como un imán. O como una nueva droga que me tenía absorbido pero que en vez de acarrear tristeza y destemplanza a mi vida me devolviera la luz perdida por tantos años de miserias.

A veces me emocionaba recordando lo que me había ocurrido tan sólo unos días antes y me invadía una inmensa alegría interior. Comenzaba a tener la certeza de que Dios realmente existe y de que los cristianos siempre habían tenido razón. Sin embargo mi alma albergaba una terrible incertidumbre. ¿Por dónde empezaría a buscar mi camino hacia la espiritualidad? ¿Cómo arrancararía un tema tan desconocido y lejano para mí? No tenía idea alguna de cómo encontrar el punto de partida y supongo que por esta razón me refugié en lo único que tenía a mi alcance que no era otra cosa que esa pequeña Biblia.

Los compañeros del infierno... pues al principio lo pasé francamente mal. Ya en la primera semana me di cuenta de que no me entretenía enredando con ellos ni deseaba meterme en las peleas cotidianas. Sentía deseos de huir de su compañía y ellos, ofendidos y extrañados comenzaron a interrogarme por mi nuevo modo de vida.

Cuando me provocaban sentía una necesidad imperiosa de retirarme a mi celda en donde permanecía largos ratos en profunda oración. Los presos enarcaban las cejas, se daban codazos y así comenzaron las primeras burlas.

- "Estás majareta, tío"-decían- "Oye, si te vuelve a aparecer el ángel dile de mi parte que me preste a su novia. Tu puedes charlar con él mientras yo la puedo entretener a ella..."

Con estos y otros muchos comentarios me provocaban a todas horas. Yo tenía grandes dudas. Atormentado me preguntaba si no habría sido todo fruto de mi imaginación y hasta me cuestionaba mi cordura. Sin embargo un sueño nocturno no logra que una persona deje

definitivamente las drogas o el alcohol. El simple hecho de pensar en ello me devolvía el horrible malestar. No podía probarlas; ya he relatado lo que me ocurrió tras intentarlo la primera noche. Siempre que pensaba en ello me comenzaban a trepar las mismas náuseas violentas de aquella primera noche. Lo mismo me pasaba con el alcohol y con la pornografía.

No es que sintiera de pronto repulsión al ver a aquellas hermosas mujeres desnudas pegadas a las paredes de las celdas de mis compañeros. Era otro sentimiento el que se apoderaba de mí...Más bien diría que sentía una profunda lástima, una inexplicable tristeza que me obligaba a desviar la mirada hacia otro lado y que me empujaba a orar por mis compañeros y por aquellas jóvenes tan bellas.

Empecé a pensar en las mujeres como algo maravilloso, puro y muy valioso para el hombre y para Dios. Algo absolutamente importante para la vida, para la creación, con lo que no se debía jugar. Empecé a evaluar como un grave error abusar de su hermosura. Pensaba que era denigrante y enormemente triste que hubiera chicas tan bellas utilizando su cuerpo de esa manera para servir a hombres como desencadenante de sus pasiones físicas. Ya no podía por mucho que lo intentara considerar a las mujeres como objetos de placer. Y digo "lo intentara" porque procuraba convencerme a mí mismo de que aquello no tenía importancia. "Vamos Albert", me repetía a mí mismo. " no es más que un trozo de papel pegado a una pared".

Supongo que con este tipo de pensamientos esperaba poder aplacar mi tristeza mientras pasaba por delante de las celdas de mis compañeros y vislumbraba todo aquello. "Esto no está bien..." pensaba. "Estas mujeres son grandes tesoros del Señor, al igual que los niños o los hombres..."y el hecho de que yo pensara de esta manera era pero que muy extraño.

A raíz de todas estas inexplicables rarezas mías, las amistades de la cárcel de Everthorpe comenzaron tímidamente a alejarse mí. Me refiero a esos amigos violentos, fuertes como huracanes o listos como linceos con los que siempre había andado enredando, montando broncas y junto a los que acababa irremediabilmente en las celdas de castigo demasiadas veces.

Ahora me miraban suspicaces desde cierta distancia y murmuraban a mis espaldas. Yo entendía...respetaba sus dudas y guardaba silencio.

Un día ocurrió lo que se suponía que tarde o temprano sucedería. Jamás me había pasado algo parecido pues era precisamente durante las comidas cuando más solíamos charlar y compartir nuestras vidas.. Además yo era un tipo popular con el que siempre se buscaba amistad. En la cárcel te acercas al árbol que más sombra da, ese que te puede proteger si un gorrión demasiado atrevido se te defeca encima para sacudirlo de un ramazo. Pues eso era yo; uno de esos frondosos árboles a los que todos querían arrimarse, temido y a la vez respetado hasta la saciedad. Por algo estaba en prisión por atraco a mano armada y eso impone mucho a los presos. "Hombre que mata, hombre que respeto" era el lema de todo presidiario. Y aunque tuve la enorme suerte de que

mis balas fallaron y no asesiné a nadie por ello, siempre mi intención fue dar en el blanco.

Pero hablaba de aquel día en el comedor. Fue el momento en el que me di cuenta, por fin, de que no habría vuelta atrás. Albert ya no era quien había sido y nunca volvería a serlo. Y lo peor fue que los chicos también lo sabían y así lo demostraron durante aquel almuerzo.

Cuando me acerqué a la mesa ya estaban unos cinco hombres comiendo, tres de los cuales eran, digamos "de mi grupo". Al sentarme junto a ellos, uno a uno fueron abandonando su silla bandeja en mano para buscar asiento en otro lugar. Al cabo de unos minutos sólo quedó Edwin quien, con sus más de cinco tatuajes asomándosele bajo la camiseta, me dijo: - "Mira Albert, no te ofendas...pero yo también me largo." No pude pronunciar palabra alguna. Seguí comiendo sin levantar la mirada de mi almuerzo aunque he de confesar que sentí una gran tristeza en el corazón. Albert, elapestado, era al fin aislado por sus rarezas. Aún me parece sentir el aliento a ajo de Edwin resoplándome en el oído: -"Es que...te has vuelto muy raro, tío. Perdóname pero me das hasta miedo. Ya no eres el mismo...Lo siento camarada."

Después de esto se levantó imitando la actitud de los demás y quedé solo en esa larga mesa notando los ojos de todos los comensales de ese inmenso comedor clavados en mi cogote. El corazón me temblaba como una vela al viento. Oía risitas burlonas por todas partes y susurros misteriosos.

- "Dios mío", pensé- "¿Qué harán ahora?" Pero ya había aprendido a orar y a eso me agarré. Esa tarde recé ante mi pequeño altar, rogando a Cristo ayuda desesperadamente, pidiéndole consejo a gritos y guía para actuar. Desconocía la mejor manera de acercarme a los muchachos y deseaba evitar un enfrentamiento a toda costa. Esto último era lo que más me aterrorizaba.

Pasaron las semanas y las cosas no parecían cambiar en cuanto a los rechazos, aunque para mi gran alivio, tampoco empeoraban. Los chicos permanecían burlones y distantes pero un cierto halo de respeto comenzaba a emanar del mismo ambiente. Una atmósfera extraña y desconocida parecía mantenerlos a raya. No atravesaban la línea de la violencia y esto es una gran bendición en una cárcel; así que me di por satisfecho y agradecí al cielo su protección. Opté por seguir viviendo dentro de mi caparazón y de mi pequeña y recién estrenada soledad y centré mis energías y tiempo libre en la oración y el estudio de la Biblia.

Un día y cuando menos lo esperaba, recibí un nuevo regalo de Dios. Ocurrió unas tres semanas después de la llegada del Mensajero. Al igual que esa vez, dormía profundamente en mi celda. Debía ser más de medianoche cuando soñé un sueño increíblemente real. Sé que hablé durante ese descanso nocturno porque así me fue confirmado al día siguiente por los compañeros de pasillo.

- "Albert-, me dijeron- "Anoche te pasó algo otra vez, ¿no?"

- "No lo creo" –contesté- Dormí profundamente. ¿Por qué lo decís?"

-“Pues porque hablaste durante más de dos horas con alguien. Parecía que estabas muy contento. Tu voz sonaba...no sé, como alegre. Charlabas como si tuvieras compañía...”

Yo sonreí. Ya por entonces comenzaba a comprender tantas cosas...

-“¿Ah sí?- pregunté haciéndome totalmente de nuevas- “Pues no entiendo...Yo nunca hablo mientras duermo. ronco, eso sí pero que yo sepa no hablo.”

-“Ya –me decían con cierto asombro- Desde luego no lo habíamos notado nunca...pero es que ayer era muy raro...Hablabas con tu madre, tío...pero de una manera muy extraña...Se te oía solo a ti pero se podía intuir que estabas con tu madre por tus respuestas...”

Efectivamente, en mi sueño se me apareció por primera y última vez en mi vida la Santísima Virgen. No puedo recordar, muy a mi pesar, todo el contenido del sueño pero sí un gran episodio tan real que aún me parece estar viéndolo ahora. Soñé que la Virgen María se me aparecía llena de esplendor y belleza.. ¡Nada se puede comparar con lo que sentí y vi en aquel sueño celestial! Era hermosísima, sonreía y yo la podía ver con mis propios ojos justo en medio de mi celda. Llegó en una luz deslumbrante muy parecida a la que había acompañado al mensajero tres semanas antes. No pude verle los pies o tal vez no lo recuerdo, pero sé que estaba de pie y que me miraba con un amor infinito, dulce y maravilloso. Jamás ha existido ni existirá alguien tan bella como esa princesa de los cielos que me acompañó en mi sueño!

No vestía un traje blanco. Era de un gris tintado de plata y sobre la cabeza llevaba un velo blanco. Un pequeño rizo castaño oscuro se le escapaba por debajo del velo...No sé si los niños de Fátima la vieron igual. No me importa. No soy la primera persona a la que le pasan estas cosas y por supuesto no seré la última.

Desde la experiencia he investigado y estudiado todo lo posible sobre ángeles y fenómenos místicos. La Biblia está absolutamente repleta de relatos angélicos muy serios empezando por el Antiguo Testamento. Se habla de ellos en treinta y cuatro de los sesenta y seis libros que la componen. Existen millones de ángeles que Dios creó para alabarlo y que nos protegen y acompañan en todo momento y lugar. Y se aparecen a miles de personas que se han tenido que enfrentar a este tipo de situaciones. ¡Cómo voy a ser el único! Lo que pasa es que la gente no se atreve a contarlo. Yo...yo tenía que contarlo. Fue una orden del cielo.

¡Claro que todo es muy inusual! Es raro sobre todo en estos tiempos en los que vivimos, en plena era de ciencia mundana capaz de explicar lo inexplicable. Pero yo no soy científico sino un hombre normal con un pasado oscuro que ha vivido y aún experimenta fenómenos místicos. Pero yo no tengo la culpa. Los médicos dicen que tampoco estoy loco. Lo mismo dijeron los psiquiatras que me atendieron a partir de aquel suceso: -“No sé lo que es...Usted no está loco. Además es muy inteligente. Tenemos que descartar la esquizofrenia, la psicosis, la

neurosis... ¡No sabemos qué le pasa! Esto no pertenece a nuestra ciencia. Hable con un sacerdote." y bla, bla, bla...

Volvamos a lo de la Santísima Virgen. Yo permanecía tumbado en mi camastro sin poder moverme y despertarme pero la sentía allí, ¡justo enfrente de mi! Y me habló. No lo podré olvidar jamás. Sus palabras fueron:

-“Albert, escucha lo que te digo: cuenta lo que te ha ocurrido y di al mundo que Cristo llora.”

Inmediatamente después me desperté. No recuerdo el resto de la conversación que por mis compañeros sé que fue larga, aproximadamente una hora. Según ellos yo reía feliz y luego permanecía en hondo silencio y contestaba a lo que parecían ser preguntas de una conversación normal. Decía: “Sí”, “No”, “Eso no lo podré hacer, madre, si tu no me ayudas” “¿Dónde está tal persona? Madre ¿Por qué eres tan hermosa?” “¡Qué horror! Oraré por ese hombre, madre...no te preocupes”. Y cosas así...De la precisión de estos comentarios me informó Edwin a quien desperté con mi voz profunda y a quien la curiosidad mantuvo en vela hasta que callé al fin.

“-Se te notaba muy feliz, tío...¿De verdad viste a tu madre en sueños?- me preguntaba tímidamente en el desayuno.

-“sí, así es...”

Yo no aclaraba nada ¿para qué? habría empeorado las cosas...

-“¡Vaya!”...-me dijo Edwin- “A mi también me gustaría soñar con mi vieja...Murió cuando era niño. Me he criado solo, junto a un hermano de mi padre que me atizaba con el cinturón cada vez que le molestaba con mis lloriqueos...”

Creo que fue así como comenzó a abrirme su corazón. Estuvimos hablando horas esa mañana. Ni siquiera fuimos conscientes de que se nos había escurrido el tiempo y de que nos habíamos quedado sin el rato libre que siempre utilizábamos para hacer gimnasia o leer. A los demás presos no se les había escapado nuestra charla y cabizbajos, fueron abandonando el comedor para respetar nuestra intimidad.

Aquella noche apareció delante de la puerta de mi celda, Collin, un galés del tamaño de un gigante que cumplía condena por asesinato múltiple.

-“Albert...eh...verás...¿Tienes un momento?”- preguntó lleno de inquietud.

“Esto es increíble”, pensé. “El gigante de Gales, el duro de la esquina, ¡pidiéndome permiso educadamente para hablar un rato! Esto tampoco puede ser verdad...” Sentí un poco de temor porque con aquel hombre me había pegado una de las mayores palizas imaginables tan sólo unos meses antes, a raíz de un problema con una bolsa de marihuana que yo estaba seguro de que me había robado de mis pantalones mientras me duchaba.

-“Claro”...-le contesté con un nudo en la garganta. -“Pasa Collin”.

No sabía lo que podría esperar de aquel hombre. Me desbordaba la inquietud porque, desde la “experiencia” había logrado evitar todo enfrentamiento de violencia física. Temía una agresión y en ese caso me

tendría que defender. No podría permitirme el lujo de bajar la guardia hasta límites que rayaran en el peligro y temía que en cualquier momento tuviera que defenderme a puñetazos, como en el pasado, de las gentes abusivas y agresivas que me rodeaban.

Me preparé para cualquier desenlace y me senté rígido sobre mi camastro con el corazón latiéndome desenfrenado y apretando los puños por si las moscas. Sin embargo nada me había preparado para lo que sucedería a continuación. Ese hombretón fornido y peligroso se sentó a mi lado y antes de que pudiera darme cuenta se me echó a llorar desconsoladamente en los brazos.

-“Yo no quería apretar el gatillo contra ese pobre chico del puerto, tío...”-Repetía entre sollozos- “¡Te lo juro, Albert! ¿Tu me crees verdad? ¡Dime que me crees, Albert!”

-“Vamos, Collin, tranquilo...”

-“¡Dime que tu me crees, joder!”- gritó.

-“Vale, vale ,Collin, te creo...te creo...cálmate!”

Algunos de los compañeros de pasillo alertados por los sollozos de ese gigante se comenzaron a asomar.

-“¡Chicos, en la celda de Albert va a haber bronca!”- oí vocear a Edwin con la esperanza de tener circo gratis.

-“¡Cállate gilipollas!”- respondió Collin girándose brucamente hacia él –“Aquí no va a pasar nada...Estoy hablando en privado con Albert. ¡Largo de aquí cabrones chismosos de mierda!”

-“Collin”- interrumpí- “Si vas a hablar así, te rogaría que no lo hicieras. En mi celda no permitiré palabras obscenas. Te lo ruego...Escucharé todo lo que desees decirme pero te tendré que echar si utilizas ese vocabulario”.

-“Pero yo...-balbuceó – “Yo sólo quiero contarte una cosa, Albert...”

-“Y yo deseo oírte, Collin. Pero te ruego que respetes el altar de mi celda...Sé que está Cristo en él”.

Los presos se agolparon ahora delante de mi puerta con los ojos abiertos como platos con las bocas abiertas y aguantando la respiración.

El aire se cargó con la tensión que caracteriza un hecho latente a punto de explotar. Collin miraba con ira rabiosa a los curiosos mientras que en las caras de algunos de ellos se comenzaba a dibujar una sonrisa burlona.

Yo no sabía qué hacer. Notaba el peso de la situación en cada poro de mi piel y temía cualquier desenlace. De pronto Mathew, un hombre de color encerrado por contrabando de estupefacientes, rompió el hielo de la forma más inesperada.

-“El chico tiene razón. Dejadlo con Albert. Ya era hora de que descubriera en sí mismo una mínima molécula de arrepentimiento...”

-“Arrepentimiento, tu madre”- oí murmurar a Collin.

Observé con horror cómo apretaba la mandíbula y cómo se levantaba lenta y pausadamente de mi camastro. Era obvio que estaba a punto de estallar una espantosa trifulca en mi celda y por mi causa. Sólo

pensar en ello me erizó la piel, comencé a sudar y comprendí que debía hacer algo.

Entonces intervine. Una fuerza que aún no he podido analizar ni comprender me hizo levantar bruscamente, sujetar a Collin por el antebrazo y susurrarle algo al oído. Hasta el día de hoy no sé lo que le dije. Desconozco las palabras que utilicé pero sé que produjeron un resultado magnífico.

Collin miraba a los chicos con ojos rojos por la ira pero milagrosamente no dijo más. Después y para mi estupor vi cómo poco a poco los presos se iban alejando uno a uno de mi puerta.

-“Venga, vámonos...Se ha vuelto majara como Albert” - oí decir a Mathew mientras daba un empujón a sus compañeros para que se apartaran- “Es un pobre hombre...”

Collin no respondió. Se quedó ahí de pie apretando los puños y lanzando miradas amenazadoras a los muchachos. Al fin comprobé con alivio que nos habíamos quedado solos. Tardé unos segundos más en calmar a mi nuevo amigo y luego conseguí que se volviera a sentar. Los demás hombres siguieron observándonos curiosos desde sus bancos y el pasillo manteniendo una distancia prudente y yo respiré tranquilo.

Aquella fue la primera de las infinitas visitas que comencé a recibir en mi pequeño santuario. ¡Oh! ¡las cosas que llegué a escuchar en la intimidad de mi celda espantarían al mismo diablo! Lo que me contaban eran grandes secretos que no habían revelado ni a sus abogados en los momentos críticos. Hubo incluso presos que ni tan siquiera se lo habían relatado a sus amigos más íntimos. Todo, absolutamente todo, era espantoso pero no dudé ni un momento en permitirles que me abrieran su corazón...Era como si de pronto esos hombres hubieran descubierto que entre sus compañeros había uno dispuesto a escuchar las mayores atrocidades sin emitir juicio alguno. Tan sólo escuchaba y luego rezaba en silencio por sus almas tan perdidas.

Vinieron muchos, un montón...Mathew fue el segundo, luego Peter, luego Andrew y luego otro y otro y otro y otro más...Yo no hacía de confesor. ¡Ni siquiera me había bautizado! Pero sí que oraba por ellos. Los dejaba que abriesen su corazón y que sus emociones explotaran en la intimidad de mi celda y luego les preguntaba si les molestaba que orase por ellos. No todos me dijeron que sí. Hubo muchos que no quisieron ni oír hablar de mi espiritualidad pero puedo decir con gran satisfacción que la mayoría se mostraron contentos de que alguien, aunque fuera un viejo gángster, rezara una vez en la vida por ellos.

Algo nuevamente extraordinario me ocurrió durante esos días. Es una de las experiencias que más me marcaron. Apenas tres días después de tener aquel sueño, recibí por correo un paquete pequeño. No tenía remitente pero la letra hacía suponer que el remitente era alguien de edad avanzada. Lo abrí para encontrarme con la sorpresa de que un desconocido me había enviado un libro de oraciones. Mi primer libro de oraciones. ¡Y sabe el Señor la inmensa ilusión que me hizo!

Nunca he sabido quién me lo envió aunque tengo la sospecha de que fue alguien a quien conocí durante mi estancia en Wakefield mientras cumplía, al igual que yo, condena. Lo apodábamos *Nieblas* y fue de los pocos con quienes me carteeé tras mi salida de esa espantosa prisión. Había sido en su juventud un hombre horrible, cometió robos muy agresivos y hasta sospecho que asesinó a un hombre a quien juró no haber matado. Era capaz de eso y de mucho más. La edad no tiene nada que ver con la maldad. He conocido ancianos con malignidad en grado hiperbólico...

Nuestra amistad nació durante una de mis estancias en la enfermería. Por aquel entonces, él siempre andaba ahí metido porque se había roto la cadera y se le desencajaba cada dos por tres. Yo, obviamente tenía que ir a parar a la enfermería por otras razones. El caso es que hicimos buenas migas y me juró que me enviaría un regalo cuando por fin viera la luz en las calles.

Cuando me trasladaron a Everthorpe, *Nieblas* estaba a punto de "irse de fulanas". así describíamos el hecho de salir, al fin, de prisión. Así que aunque no puedo probarlo, estoy seguro de que fue mi amigo *Nieblas* el que me envió aquello. No he vuelto a saber nada de él pero lo llevo en mis oraciones y lo bendigo todos los días. Tal vez haya fallecido. Cuando lo sacaron rondaba los ochenta ¡y de eso hace ya unos diez años!

Cuento esto porque cuando abrí el librito cayó de dentro una pequeña estampita religiosa. Era una imagen de la Santísima Virgen exactamente idéntica a como yo la había visto en mi sueño unos días antes. ¡No lo podía creer! Era absolutamente igual: el rostro, el velo, el rizo por debajo del velo, la expresión de la cara, los labios, la sonrisa... ¡todo! Me quedé boquiabierto... ¡Dios mío! -pensé- ¡No puede ser!

Sólo unos años más tarde alguien me informó que ésa era la Virgen de Medjugorge, una aparición que se viene produciendo desde hace veinte años en un pueblito así llamado, en la antigua Yugoslavia. Yo no sabía nada de esta aparición. Nunca había oído hablar de ese lugar. Ni siquiera sabía que estaba ocurriendo tal fenómeno!

Hoy en día las apariciones de Medjugorge son muy conocidas en todo el mundo pero yo, insisto, jamás había sabido ni oído nada al respecto. Por lo visto allí se esculpió una estatua de la Virgen según la descripción que hicieron los niños videntes. Esta estampita es una fotografía de tal estatua. Y como digo, ¡era la mujer de aquel sueño!

Significó mucho para mí verla en aquella estampita... En ese preciso instante supe que esa extraña y preciosa segunda experiencia sobrenatural de mi vida había sido también real. Creo que fue en ese momento cuando decidí ser católico, un monje católico. Un poderoso convencimiento de que la Virgen es la clave básica para llegar a Cristo me invadió por completo y me propuse prepararme lo antes posible para conocer, estudiar y vivir en profundidad la fe católica.

Comencé a devorar libros. Me leí la vida de San Francisco de Asís, de santa Teresa de Ávila y de muchos místicos más. Estudiaba la fe católica con gran detalle y me preguntaba cómo había podido sobrevivir

hasta entonces sin la presencia de María Santísima. Los sentimientos eran fuertes como un huracán...No lo puedo explicar con palabras...Era como si el ángel estuviera a mi lado todo el tiempo susurrándome ideas al entendimiento. Por ejemplo: que debía respetar al Papa Juan Pablo II, amar a la Iglesia católica a pesar de sus errores y defectos y sobre todo y por encima de todo, amar profundamente a Cristo hasta el fin de mi paso por esta tierra.

También fue en ese momento cuando comprendí que mi vida sería dirigida hacia una existencia monacal. “¿Yo en un monasterio?” me pregunté para mis adentros...Me parecía casi imposible desear tal cosa. Sin embargo y con una claridad pasmosa eso fue lo que sentí en mi interior.

A partir de entonces tal idea comenzó a invadirme a todas horas...Me hacía recordar las palabras del ángel aquella noche: “Vivirás en un lugar de Dios y con gentes de Dios...” ¿Se refería eso a un monasterio? Yo sabía que sí. Pero...¿cuál? ¿Dónde y sobre todo ¡¿cómo?!

Honestamente creo que Dios me está preparando para un maravilloso y desconocido trabajo en mi vida, bajo su poderosa y santa guía. No sé cuál. No soy el único despistado aquí. Todos lo estamos. Yo veo cosas raras, visiones celestiales y he acabado aquí pero tampoco entiendo nada...Los humanos somos así: criaturas perdidas en nuestra propia existencia que damos vueltas y tumbos por todas partes como peonzas sin control hasta que nos damos de narices contra el suelo y luego lo lamentamos.

He vivido mucho y sé demasiado...La oración es la guía para centrar la vida. Rezar es la única vía para hablar con Dios. Si se desea mejorar, amar al prójimo, hacer el bien, acercarse en vida al cielo, no hay otra manera más que con la oración. Da igual que se sea bueno, malo o regular. En el amor de Dios y en su corazón todos tenemos cabida, así que no hay que tener complejos. ¡Yo sí que era un demonio!, la escoria de las alcantarillas, lo peor de la sociedad...pero ahora no vivo más que para amar al prójimo y entregarme a la divina Voluntad del Señor. ¿Por qué? Porque he recibido el regalo más grande que un ser humano puede recibir: la Verdad. Y la he recibido gratuitamente, sin merecerlo...A través de un ángel que me habló.

Aún no he contado cómo llegué, tras mil altercados a este monasterio.

Veamos. Pasaron las primeras semanas y luego los meses. Un día me di cuenta de que había transcurrido un año desde la visita del mensajero de la noche. Ese día me levanté muy feliz en mi pequeña celda. Pero ya no estaba en Everthorpe sino en Parkhurst, otra prisión. Me quedaban aún casi cuatro años por delante, de presidio para cumplir mi sentencia completa desde que me había visitado el mensajero y aún me trasladaron a tres prisiones más antes de que pudiera volver a pisar las calles: Wayland, Woodhill y Highpoint que fue mi último tormento.

Las cosas de la justicia son así y la verdad es que mejor que así sea...El saber que van a producirse traslados hace posible tener

esperanzas de encontrar prisiones mejores en tu caminar. Al menos éste fue mi caso.

En primer lugar y con la bendición del director de Everthorpe comencé a acudir a clases en la cárcel para presentarme a los exámenes de entrada en la universidad. Ya mencioné cómo conseguí aprobar alguno de ellos. El ángel, como me había prometido aquella noche, me acompañaba en cada momento y su presencia era palpable, tan palpable que a veces notaba incluso una tensión suave en la muñeca mientras escribía las respuestas.

No saqué excelentes notas sólo por esto ya que estudiaba como un león, encerrado durante largas horas en mi celda con los libros como única compañía. Pero también me ocurrió que el trabajo en prisión y las miles de visitas que recibía de los compañeros me impedían concentrarme lo suficiente y ahondar lo necesario en las materias. Sin embargo felizmente saqué unas notas muy altas en todos y cada uno de los exámenes. ¡qué felicidad cuando me entregaron las notas, Dios mío! Los muchachos por aquel entonces ya respetuosos y llenos de admiración me felicitaban sin cesar.

-¡Enhorabuena, Albert!, ¡Lo has conseguido, tío!

Y entonces yo sentía que tocaba el cielo con los dedos...

Cuando ya me estaba acostumbrando a la apreciación de los presos de Everthorpe, tuve que enfrentarme a la contrariedad de acostumbrarme a una nueva prisión ya que me trasladaron casi sin aviso. Me sentí abatido. De nuevo se cernía ante mí un futuro desconocido y me atormentaba pensar que me tendría que enfrentar otra vez a gentes desconocidas que me atiborrarían a preguntas.

Así llegué una buena mañana a Wayland, después de despedirme de Edwin, Mathew, Collin y de todo el resto. La despedida con la que me desearon suerte fue cálida y sorprendente. Antes de irme muchos de los chicos me dieron incluso abrazos y muchos me hicieron prometerles que no los olvidaría jamás.

-“Reza por mí, tío”- me dijo Edwin con lágrimas en los ojos.- “Albert, si es verdad que hay un Dios pídele que me perdone”.

-“Adiós Edwin. Lo haré” -le contesté- “y antes de que me vaya, Edwin ¡Sí que hay un Dios! ¡No te preocupes por ello!”

En Wayland la vida transcurrió pausada y tibiamente. Tuve que contestar a muchas preguntas y dejarme observar como a un bicho raro. Ahora que ya ha pasado todo y que aquellos momentos de incertidumbre forman parte de otros tiempos superados, entiendo que el Señor me enviara allí... ¡La cantidad de presos enfermos que encontré en Wayland! Quizá fue en esa cárcel en donde comenzaron a surgir en mi interior incontrolables deseos de ayudar a los enfermos.

Había sida por todas partes, enfermedades venéreas, pulmonías... Pronto pedí al jefe del ala que me dejaran ayudar en la enfermería. Al principio fueron reticentes pero luego, poco a poco, ganaron confianza al ver cómo pasaba mis días enerrado en la capilla, estudiando o en profunda meditación. Y así, al cabo de unos meses,

comencé a trabajar junto a Nicholas, el médico de la prisión, en su pequeña enfermería.

¿Qué es lo que hacía? pues un poco de todo; desde coser puntos de sutura a las heridas con las que aparecían, hasta escayolar... Al principio sólo ayudaba a los enfermos que llegaban con un sida tan avanzado que no podían apenas limpiarse a sí mismos las necesidades incontroladas que se hacían encima. Tal vez mi manera de hacerlo fue lo que despertó en Nicholas su confianza hacia mí.

Un buen día me dijo:

-“Albert, te he estado observando y tú eres una persona especial. No sé por qué demonios estás aquí pero te aseguro que desde que estás ayudándome en la enfermería hay una paz en este cuarto que...no sé...Es raro, pero nunca he trabajado con más alegría. Ojalá no te trasladen pronto pues te echaría terriblemente de menos”.

¡Claro que me sentí muy feliz al oír esto! ¿quién no lo estaría con un comentario tan agradable? No le expliqué nada. Sonreí y no contesté. O tal vez sí...Le dije algo como:-“Yo también te echaré de menos Nicholas...”

Pero realmente por quienes empecé a sentir una predilección mal disimulada fue por los enfermos de sida. Abre heridas en los corazones de todo el mundo, sobre todo en el del enfermo...pero el cuidador también se deshace por dentro. No es fácil ver cómo una vida se apaga de esa manera. Bueno, el caso es que me comencé a sentir profundamente unido a los enfermos y en especial a aquellos que estaban más graves. ¡Claro que se nos morían algunos...Y yo entonces les cerraba los ojos, los aseaba y los vestía con ropa limpia antes de que se los llevaran. ¡Pobres infelices!...¡Oré tanto por ellos! Sólo me obsesionaba la esperanza de que mis oraciones los hubieran salvado del infierno porque algunos eran gente mala, de esos a los que no quisiera que nadie se acercara a ellos.

El tiempo corría a su ritmo y yo me concentré en mis pequeñas rutinas y en la vida de la nueva cárcel hasta que un buen día me llegó la notificación que tanto temía: carta del Departamento de Justicia y nuevo traslado. Corrí a anunciar a Nicholas las nuevas y él se entristeció sobremanera.

-“No te olvides de mi-Albert- me dijo- Ojalá algún día seas un gran médico y puedas venir a trabajar para estos hombres.”

Entonces fue cuando me di cuenta de algo en lo que no había caído. Fue como si un relámpago me iluminara nuevamente el entendimiento. Mi vida no iría por el cauce de la medicina aunque tendría mucha relación con ella. En ese mismo instante supe que siempre ayudaría a los enfermos y a los más pobres que Dios quisiera poner a mi paso. pero desde un monasterio. Mi misión sería la de orar por ellos. ¡Qué claro lo vi entonces! Recuerdo que abracé a Nicholas y le grité:

-“¡Gracias amigo mío!”

Vi cómo el doctor abría asustado los ojos y cómo luego rompía a reír.

-“¡Albert!, suéltame!...Me estás ahogando, chico...”

Corrí por los largos pasillos que atravesaban la prisión hasta la biblioteca adonde llegué jadeante.

-“Necesito una guía de todos los monasterios de Inglaterra e Irlanda”-dije.

El preso encargado de la recepción aquel día me miró suspicaz pero eso a mí ya no me importaba. Ya estaba empezando a acostumbrarme a ser señalado por guardas y presos y me había hecho a la idea de que para ellos siempre sería un bicho raro del que todos murmurarían.

Ese día comencé a escribir largas cartas de presentación a todos y cada uno de los monasterios de mi país. ¡Con qué ilusión escribía esas epístolas! porque eran como largas cartas en las que relataba con pelos y señales el fenómeno sobrenatural que me había ocurrido, mi enorme religiosidad, el deseo de entrar a formar parte de la congregación de un monasterio...y oraba. Rezaba con más devoción que nunca rogando a Dios que lograra lo imposible y que me admitieran en alguna comunidad de monjes por muy imposible que pareciera...

Ya me había bautizado. Así se lo pedí al padre Martin en Everthorpe y también había hecho la primera comunión a la vez que la confirmación. Esto ocurrió a los seis meses de la llegada a mi vida, del mensajero y todo se celebró en la pequeña capilla de Everthorpe con la asistencia de los chicos. Sí, ya era un hijo de la Iglesia Católica. No habría escrito esas cartas de no haberlo sido.

Pero volviendo a esos días de largas epístolas, ya en Wayland, nada me había preparado para el dolor al que muy pronto me enfrentaría. Poco a poco y una a una fui recibiendo las contestaciones de los monasterios, todas ellas negándome la entrada en la vida monacal.

Cuando ya había agotado casi todas las posibilidades, fui trasladado de nuevo, por poco tiempo esta vez, a la prisión de Woodhill y de ésta por fin a la que sería la última de mi vida. Había llegado el momento de entrar en Highpoint.

Cuando fui a parar a esta última prisión, mi tristeza y desesperación eran totales. Se habían ido apagando todas mis esperanzas de entrar en un monasterio. –“Estimado Sr. Wensbrough: Sentimos decirle que...” Cuando terminaba de leer esta primera frase rompía a llorar como un niño sin madre, desconsolado y hambriento.

Ya por aquel entonces mis compañeros me apodaban “el monje” pues a esas alturas ya no luchaba un ápice por esconder mi fe y proyecto de vida futura. Los complejos habían quedado guardados y hasta borrados, me atrevería a decir, en los primeros meses tras entrar en Highpoint.

“El monje Wensbough” tras recibir la última respuesta del único monasterio que faltaba por responder (negativa al igual que todas las demás) lloró desconsoladamente toda la noche en la intimidad de su celda.

Recuerdo que me dirigí al Señor con términos amargos llenos de tristeza y desesperación.

-“Dios mío”-le decía- ¿Cómo has podido hacerme algo así? Me buscas, irrumpes en mi vida como un huracán en una noche cualquiera para dejarme luego solo y confundido...He hecho todo lo que ha estado al alcance de mi mano para complacerte, para alabarte, para seguirte...y ¡Ahora me abandonas!...¿Qué haré, Señor, cuando en pocos meses salga de este lugar en el que finalizaré mis últimos días de condena? ¿A dónde iré si no tengo a nadie en el mundo sino a ti...? ¡Ayúdame, Dios mío y enséñame el camino! ¡Dime qué quieres de mí, Señor!...Yo ya no puedo más!...

Así me lamentaba dejando que las noches se eternizaran con mi angustia hasta que el agotamiento acababa al fin por derrotarme cuando los primeros rayos del amanecer se empezaban a colar por la ventana.

-“No hay quién te entienda...”-me decían los chicos- Estás a punto de obtener la libertad, que es precisamente por lo que nosotros mataríamos, y tú, amargado como una vieja decrepita. Estás jodido, Wensbough. Loco perdido de verdad...”

Pasaron los meses y el momento de mi marcha estaba cada vez más cerca. Por fin un día cualquiera, el 27 de enero del 2000, para ser exactos, llegué el gran momento de mi vida.

Me levanté a la misma hora de siempre, aisé la celda y recogí mis pocas pertenencias.

-“¡Adiós, monje!- me decían algunos de los muchachos- “procura no regresar a este pestilente lugar! ¡Reza por nosotros!”

Cuando mi altarcito estuvo guardado en las bolsas y todo estuvo recogido al fin, esperé pacientemente a que me vinieran a avisar los guardias. Éstos aparecieron a los pocos minutos con un sobre en la mano. En él había un poco de dinero y una carta del juez.

“-Cualquiera diría que vas a salir para siempre, Wensbough..-me dijo uno de ellos al verme el semblante- Porque en vez de ir a la calle parece que vas a un funeral...”

Me acompañaron a la salida. ¡Bum!, ¡bum! sonaban las puertas blindadas al cerrarse a mis espaldas. Una y dos y hasta diez crucé sin apenas hablar. Y la libertad esperándome al otro lado, al final de un largo pasillo...

Por fin salí al patio de Highpoint. Recuerdo que durante el trayecto hasta la verja de la entrada uno de los guardas me ofreció un cigarrillo.

“-No fumo”- contesté con una sonrisa.

“-Como quieras”,-dijo- Sólo quería ser el primero en regalarte algo el día de tu salida de la cárcel”.

La verja se abrió ruidosa y pausadamente haciendo crujir las bisagras de hierro. Puse un pie fuera y luego el otro...

-“¡Buena suerte, monje!”-oí decir al hombre que antes me había ofrecido amablemente un cigarrillo. Y después...¡Bang! Un golpe tronó a mis espaldas al cerrarse bruscamente la puerta de hierro de Highpoint.

Me quedé ahí, petrificado, cargando mis pertenencias en dos bolsas de deportes muy pesadas, con la mirada clavada en un cielo oscuro y lluvioso y mil preguntas atormentándome el corazón. Un trueno retumbó

a lo lejos y las primeras gotas de lluvia comenzaron a mojarme suavemente la ropa.

Entonces mi di cuenta.

La cárcel, al fin, formaba parte de mi pasado.

### **EL MONASTERIO DE MARÍA, REINA DE LA PAZ (Harlington, Inglaterra)**

Desde que llegué a este lugar mi vida transcurre como un riachuelo entre las rocas: lenta y apaciblemente. Y eso, según se mire, puede no ser demasiado interesante para muchas personas, aunque para mí, mi existencia en el monasterio me parezca maravillosa y excitante.

Los fenómenos sobrenaturales del Señor siguen ocurriéndome aquí y también los malos pero no me entorpecen mi avance hacia Dios. En todo momento como en todo lugar me he sentido guiado y protegido por Él. Cristo es así: si te abandonas absolutamente a su divina voluntad, jamás estarás perdido por mucho que las circunstancias parezcan adversas.

Como ocurrió aquella mañana gris y desapacible en donde por primera vez tras catorce años pisé la calle como un paseante normal. Era libre al fin pero estaba atrapado en la angustia de tener ante mí un futuro aterrador e incierto.

Como iba diciendo, pronto se desencadenó una terrible tormenta y mis ropas, anticuadas y desgastadas por el paso del tiempo en los roperos de la cárcel se comenzaron a mojar. Miré desolado a mi alrededor. No había nadie. A mi espalda, gris y hermético, se elevaba el inmenso edificio de Highpoint, la cárcel que durante los últimos dos años de mi vida me había servido de techo.

No sabía adónde ir. Los pesados bultos que cargaba en ambas manos me adormecían los músculos y me pregunté cómo sería capaz de cargarlos hasta el fondo de la calle. El recorrido no era nimio pues había unos ochocientos metros de distancia hasta la primera farola de la esquina, tras la cual me parecía vislumbrar la entrada de un bar.

“Debo llegar hasta ahí arrastrando semejantes bultos”, pensé angustiado. “¿Cómo lo lograré? Pesa todo demasiado y las bolsas de deportes que llevo no tienen ruedecillas... además me estoy calando. Si al menos lograra llegar hasta allí podría tomarme el primer desayuno decente desde hace catorce años...”

Este pensamiento me sumió en una inmensa desolación y me invadieron unos incontenibles deseos de deshogar mi amargura. Me sentía solo en el mundo. Albert Michael Wensborough, el monje loco, elapestado... salía por fin de su sucio agujero para encontrarse más solo que nunca. Abandonado por todos. Despreciado por la humanidad entera.

Las nubes se cernían a mi alrededor, la lluvia arreciaba y comprendí que debía reaccionar. Agarré lo más fuertemente que pude los pesados bártulos y comencé a andar. ¡Oh Dios! ¡cuánto pesaban!

A los pocos pasos supe que no podría cargar mi equipaje a lo largo de esos ochocientos metros. Tendría que encontrar algún modo de hacerlo pero...¿Cómo? la calle estaba totalmente desierta, la lluvia era cada vez más violenta y no se veía un solo rastro de vida en toda la manzana. Ante tanta adversidad me sumí en un profundo sentimiento de angustia.

Cuando noté avergonzado cómo una primera lágrima resbalaba por mi mejilla, sentí de pronto una incontenible necesidad de orar. Entonces las palabras del ángel regresaron a mi mente a la velocidad de un rayo: "Yo estaré siempre a tu lado aunque no me veas".

Solté los bultos bruscamente, saqué el rosario del bolsillo y lo guardé fuertemente en un puño. Cerré los ojos y comencé a hablar en alto.

- "Oh Señor...Estoy aquí solo y perdido, con este montón de bultos. No puedo alcanzar el bar con ellos...Tengo frío y necesito tu ayuda, tu amor, tu protección...Ayúdame, Señor mío en este momento...Te lo ruego con toda el alma...Tengo miedo. Miedo a mi mismo, de la libertad, de mi propia vida..."

Estaba acabando de decir estas palabras cuando, para mi enorme sorpresa, vi cómo una destartada furgoneta ford blanca giraba por la esquina de la calle y se dirigía hacia mí. Fue todo tan precipitado que ni siquiera me dio tiempo de hacer ademán de pararla ya que el conductor apretó el freno al llegar a la altura de mis pies en la acera.

Mi estupor era enorme cuando comprobé que paraba para ayudarme. Un hombre de edad mediana y vestido con mono de mecánico bajó la ventanilla.

- "¡Eh, oiga! ¿Quiere que le ayude? ¡Se está usted empapando! – dijo con acento galés.

"¡Gracias Señor!", dije para mis adentros. "Tu sí que no abandonas a quien te ama..."

- "¡Vamos hombre!"-siguió diciendo el conductor de la furgoneta- ¡métese de una vez, no vaya a pescar una pulmonía!

Comencé torpemente a recoger mis bártulos y los lancé a la parte trasera del coche. Una vez dentro, el buen hombre me preguntó dónde vivía a lo que contesté torpemente.

- "Bueno...yo...pues...por ahora no sé..."

- "¿Y a dónde quiere usted que lo acerque entonces? "- preguntó extrañado observándome de arriba abajo- "¿Desea que lo lleve a la pensión más cercana?"

- "¡Oh no!...Muchas gracias. Me haría Usted un inmenso favor si me acercara a ese bar del fondo de la calle. Mis bolsas pesan una barbaridad y ahí, al menos podré esperar a que amaine la lluvia y meditar un poco sobre mis siguientes pasos..."

- "Pero hombre, si es el bar de Betty. Ahí no podrá usted descansar...Siempre hay alboroto y borrachines. Incluso a esta hora de la mañana. ¿De verdad no quiere que lo conduzca a la pensión de la calle Rowling? Mire amigo, a mi no me cuesta nada."

-“ Se lo agradezco de veras. Es usted muy amable, pero...me apetece mucho parar en ese bar. Lo he visto nada más salir de la cárcel hace un rato y algo me dice que podré tomar un desayuno maravilloso”.

El conductor me miró de soslayo. Comprendí que tal vez no hubiera debido mencionar mi estancia en la cárcel. Ahora podría asustarse de mí, arrepentirse y hasta hacerme salir de su vehículo. Sin embargo y para mi sorpresa, esto no ocurrió. Tampoco es que siguiera charlando. Obviamente le había preocupado descubrir mi procedencia pero optó por conducir y frenar justo frente a la puerta del bar.

-“ha sido usted muy amable, amigo”- dije mientras descargaba mis pesado bultos.

-“¡Oh! No se preocupe, hombre,...Se estaba usted empapando y...paré”.

Cuando ya creía que iba a arrancar de nuevo para seguir su marcha, giró la cabeza y gritó unas palabras:

-“¡Eh amigo! ¡Mucha suerte! Que Dios lo acompañe a partir de ahora y que sea usted muy feliz. ¡Ah! y no se vuelva a meter en problemas...”

Le sonreí complacido y continué caminando hacia la puerta del local. Antes de atravesar el umbral, volví a oír su voz.

-“¡Y pida los “huevos estrellados a la Betty”!! La cocinera los hace de maravilla. ¡¡Adiós buen hombre!!

Pero antes de que pudiera responder, aquel individuo había desaparecido para siempre de mi vida, envuelto en el ruido del traqueteo de su furgoneta y se había perdido en el fondo de la calle.

Entré en el bar, busqué una mesa libre y por fin pude descansar ante un mantel a cuadros limpio. “¡Ahora desayunaré decentemente!” pensé lleno de júbilo. ¡Y todo lo que pedí!: Café con sabor a café de verdad, donuts, zumo de naranja natural, tostadas, salchichas...¡ah! y “huevos estrellados de la Betty”...¡sabían a gloria!

Recuerdo que devoré como un poseso, sin preocuparme por las miradas curiosas de mis vecinos de mesa. Sólo cuando estaba finalizando mi festín, me di cuenta de que la camarera había dejado un sobre cerrado en la mesa. Lo cogí con curiosidad pensando que lo había olvidado ahí por equivocación; pero cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que mi nombre estaba escrito en él; “Para Albert Michael Wensbrough. De el padre Martin”

Miré a mi alrededor. allí no había nadie conocido o, al menos, yo no reconocí ningún rostro del pasado. Me apresuré a rasgar el sobre con el dedo y saqué un papel del interior. Alguien había escrito una nota. Decía así:

“Querido Sr. Wensbrough:

Habiendo leído su carta atentamente, tengo el placer de comunicarle que en el Monasterio de María, Reina de la Paz, en el pueblo de Harlington, en el condado de Bedfordshire, se necesita una persona que responda a su perfil para que trabaje para nuestra comunidad monástica.

Por ello, nos es muy grato ofrecerle un puesto de trabajo en nuestro monasterio benedictino. El sueldo será muy básico pues somos muy pobres.

Nos gustaría mucho que usted aceptase la oferta.

Atentamente, Padre Alexander Martin, abad del Monasterio de María, Reina de la Paz."

¿Podéis imaginaros mi estupefacción? ¡No podía dar crédito a mis ojos!

De pronto me asaltó una terrible duda. ¿No sería todo aquello una cruel broma de los presos? ¿O tal vez una mala jugada de los guardas? ¡No entendía nada!, ¡nada! El corazón me comenzó a palpar desenfrenado y me sentí lleno de incertidumbre.

Me levanté bruscamente y me dirigí a la barra, donde Betty la dueña del local atendía a otros clientes.

-“Señora, perdone...Verá...Alguien ha dejado este sobre en mi mesa y...”

-“¡Ah! sí. He sido yo” – dijo como si nada.

-“Pero...¿por qué? ¿Quién?...”

-“¡Oh!, yo no sé nada hijo. Dos monjes me lo dieron muy temprano esta mañana. ¡Ya estaban esperando en la puerta cuando yo abrí! Me dijeron que llegaría un hombre corpulento lleno de bolsas pesadas a desayunar y que le entregara esto”.

Yo no daba crédito a mis oídos...Temblaba como un niño y creí estar soñando otra vez. “¡A ver si estoy teniendo otra visión!” pensé.

-“Pero señora...”-insistí- “Yo no conozco a ningún monje...”

-“¡Ah hijo! Y a mi qué me cuentas...Eso lo sabrás tú. Yo soy una mandada. Me pareció que cuadrabas con la descripción que me habían hecho de ti y por eso te lo di. Si me he equivocado de persona puedes devolvérmelo...”

-“¡Oh!, ¡no,no,no...!”- me apresuré a contestar- “Sí que soy la persona cuyo nombre responde al del sobre. Pero es que...yo...no entiendo...”

La mujer parecía impacientarse.

-“Mira chico,”-dijo al fin- “Yo no sé nada. ¿Por qué no terminas tu desayuno y te esperas un rato a que vuelvan a buscarte?”

-“¡Ah!, pero...dijeron que regresarían?¡

-“Pues eso entendí. Dijeron algo como: “Dígale que no se mueva, que volveremos en unas horas a buscarlo”. Sí, eso dijeron. Y luego se marcharon”.

¡Casi me desmayo! yo, ahí de pie, con la boca abierta de par en par, estupefacto e irradiando esperanza a borbotones por los ojos... Era increíble, increíble de veras... Regresé a mi mesa a trompicones sin entender un ápice de todo aquello. Las manos me temblaban de emoción y el corazón parecía salirseme del pecho. ¡Aquello era inaudito! ¡imposible!

Yo no tenía ni idea de quién era el padre Martín...Jamás había oído hablar de este monasterio en toda mi vida y no podía entender cómo me

habían contestado de un lugar adonde yo no había escrito nunca. También me sorprendió saber que tal monasterio existía. ¿Cómo era posible que se me hubiera escapado? ¿Por qué nadie me había dicho que en Harlington había un monasterio católico?

Abrí de golpe una de mis bolsas y me precipité a sacar la lista de los monasterios a los que me había dirigido por carta solicitando entrada. Ninguno de ellos se llamaba “María, Reina de la Paz” y, por supuesto, ninguno estaba en el condado de Bedfordshire. Comencé a sudar profusamente y decidí que, de no calmarme me daría un infarto.

-“¿Está usted bien, amigo?- me preguntó Betty desde la barra- ¿Necesita algo?”

-“No...gracias. Estoy bien”-mentí

-“Es que está usted muy pálido...¿Seguro que no desea nada?”

-“Bueno...Quizá una tila. Gracias”.

-“Ahora mismo se la sirvo”.

No solo debía de estar pálido sino medio muerto. ¡Una sorpresa de tal calibre llena de maravillosas incógnitas! Esperé, Fueron casi dos horas y media de espera. Millones de ideas y preguntas volaban por mi mente de una manera desenfrenada...Pensaba de todo. Desde que aquello era producto de mi locura, pasando por que era una broma, hasta que se trataba de un nuevo milagro...¡qué se yo las cosas que se me pasaron por la cabeza, presa de tanto nerviosismo!

No vi mejor forma de calmarme que hacer lo que yo ya dominaba. Tomé el rosario entre mis manos y comencé a orar.

“¡¿Qué es todo esto, Señor?! ¡que no sea fantasía, Dios mío...¡que no lo sea!” y pasaba las cuentas del rosario procurando que toda aquella gente no llamara al psiquiátrico más cercano. El tiempo transcurría con una lentitud desesperante

Al fin, cuando el reloj de pared del fondo del bar no había marcado aún las doce de la mañana, vi cómo dos monjes entraban por la puerta del local.

El corazón me dio un brinco y aún creció más mi júbilo cuando vi que preguntaban a la camarera por mí. Ella con su desparpajo habitual me señaló desde el fondo de la barra.

Los dos hombres me eran totalmente desconocidos. Vestían hábitos blancos como la luna y calzaban unas sandalias de cuero que les dejaban los dedos al aire. Ahora me entra la risa porque me viene a la cabeza que de todas las cosas tan importantísimas que podía haber pensado en ese momento sólo me vino al pensamiento que estos pobres hombres agarrarían una pulmonía con los pies tan poco protegidos. ¡qué cosas tan absurdas se le ocurren a uno en momentos de extremo nerviosismo!

Esos hombre no eran otros que el hermano Harry, el de la recepción y fray Andrew, mi actual vecino de celda en este santo lugar.

-“Hola Albert” - me dijeron a modo de saludo

Yo no paraba de sollozar como un niño. Ellos me abrazaron y se sentaron a la mesa mientras Betty nos servía unos cafés. Tras unos

minutos de felicidad y nerviosismo pudieron explicarme la increíble historia de su búsqueda.

Por lo visto, el padre Martin, abad de este lugar, había recibido la visita no hacía muchos meses de un amigo suyo, uno de los abades de otro monasterio. Uno de los muchos a los que yo había escrito contando mi peculiar historia. Este hombre, bueno y santo (bendito sea por siempre) después de considerarlo con profundidad y tras mucha oración, decidió no aceptarme en su comunidad. Sin embargo, fascinado por mi carta y con la sospecha de que todo lo que en ella relataba era cierto se sintió impulsado a traérsela a su amigo.

Al principio el padre Martin no dio crédito a los hechos relatados en ella pero tuvo una gran idea y gracias al cielo la puso en práctica. Llamó al Ministerio de Justicia de Londres en donde, tras mil problemas burocráticos, consiguió ponerse en contacto con el juez que llevó mi último juicio. Este hombre le habló de mí. Me recordaba claramente y no aportó buenos informes de mi persona. El padre Martin siguió indagando e investigando hasta que decidió ponerse en contacto con las cárceles en las que había estado antes y después de la visita del mensajero.

Ahí, además de hablar con los directores de prisión y con algunos de los guardas, tuvo largas pláticas con los sacerdotes que trabajaban en cada una. Todo el mundo le contó miles de anécdotas que hacían pensar que el fenómeno podía ser cierto. Rezó mucho, ¡muchísimo! y Dios le dijo al corazón que me diera una oportunidad. Después esperó pacientemente. Nadie sabía a ciencia cierta cuándo saldría de prisión aunque era seguro que este hecho era inminente.

A mis espaldas visitó Highpoint, en donde me observó un día desde el despacho del director, mientras leía la Biblia en el patio. Hablaron de mi caso durante horas y quedaron en que el director le avisaría cuando por fin recibiera “el alta”. Un día antes de que esto ocurriera, fue avisado, y él a su vez envió a Fray Andrew y al Padre Harry a recogerme.

¿Cómo supe yo que tenía que ir a ese bar y no a otro? No lo sabía. Dios hace las cosas así. Desde el momento en el que atravesé la puerta de Highpoint para dejarla atrás para siempre, mis ojos se fijaron en ese pequeño lugar. Tampoco había otro pero podría haber decidido ir a aquella pensión que tanto me ofrecía el conductor de la camioneta Ford...Quiso Dios que no lo hiciera y que viniera a parar aquí. Ni más ni menos que a uno de los benditos lugares de San Benito.

¿Me es duro vivir aquí? ¡he vivido en el infierno muchos años de mi vida, quizá todos hasta llegar aquí. ¡No! ¡Estoy viviendo en el cielo a pesar de los estrictos horarios.

El monje benedictino basa su vida en cinco principios o reglas elaborados por San Benito para seguir y amar a Dios: Castidad, pobreza, obediencia, humildad y estabilidad. Aunque a lo largo de los siglos se han resumido en un lema al que él siempre hacía referencia: *Ora et labora*. Reza y trabaja.

Hace quince años que rige la Orden benedictina y es una de las más duras. Hay sin embargo algo que la diferencia de las demás y es su labor hospitalaria. Tenemos huéspedes a quienes atendemos. Pueden ser

laicos pero no viven bajo nuestro mismo techo sino en una hospedería que está al fondo del jardín. Fue precisamente la tarea de asear y de cuidar la hospedería lo que vine a hacer por petición del Padre Martin.

Y por último, trabajamos para la caridad. Colaboramos en el cuidado de los más pobres junto al proyecto Emmaus de Harlington. Este es nuestro caso; los demás monasterios benedictinos trabajarán para otro tipo de caridad.

El horario no me parece nada duro. Nos levantamos a las cuatro y media de la madrugada para orar en privado el rosario en nuestras celdas. Luego echamos una cabezadita hasta las seis que es cuando rezamos los Laudes. A las siete desayunamos y trabajamos hasta las nueve que es cuando tenemos la misa. Después, trabajo, trabajo y más trabajo, ya sea en las huertas, con los huéspedes, los peregrinos que acuden para un retiro espiritual o con los pobres del pueblo. A éstos les solemos llevar alimentos y ropa que otras gentes nos traen a la puerta precisamente para este fin.

Almorzamos a las doce y media (las comidas son siempre ligeras y nutritivas y hacemos ayuno estricto miércoles y viernes) y no nos morimos...El ayuno es esencial para mantener el espíritu cerca del Señor. Dormimos una hora de siesta y después oramos en silencio toda la tarde en la iglesia hasta la cena que se sirve a las seis de la tarde. Por último, las vigiliias comienzan a las nueve. Me suelo acostar a eso de las once de la noche...muy cansado pero sintiéndome el hombre más dichoso del universo.

*Albert Michael Wensbrough fue ordenado monje benedictino el 26 de agosto del 2002 en una ceremonia estrictamente privada, inmerso en una enorme felicidad y rodeado del cariño de los monjes que lo aceptaron un día tras conocer su extraña experiencia. El día 12 de septiembre fiesta del dulce Nombre de María del mismo 2002 dejó inesperadamente este mundo tras una brevísima y dolorosa enfermedad.*

**“Albert Wensbrough, amigo,  
tú que ya estás en el cielo  
feliz con Dios,  
ruega por nosotros  
para que descubramos  
el inmenso amor que Cristo nos tiene  
y respondamos a él  
entregándole nuestra vida  
y todo nuestro ser  
por manos de María  
la Reina de la Paz.  
Que tu vida y tu “Experiencia”  
nos sean estímulo  
para convertirnos cada día  
y perseverar hasta el fin**

## **amando a Dios y a los hermanos con un corazón limpio y humilde.”**

Este escrito es un extracto del libro “Un Mensajero en la noche” de María Vallejo Nájera.

Se ha escrito sin ánimo lucrativo, únicamente para regalarlo a los internos de la cárcel Modelo y a otros presos, para su bien espiritual.

Dios en la cárcel - masalto.com

### **ACTUALIDAD**

#### ***Dios en la cárcel***

**Miguel A. Moñino**

Fuente: [Buenas Noticias](#).

Hace pocos años, en una cárcel de Inglaterra, ocurrió un suceso que conmocionó al país entero. Albert Wensborough, un recluso altamente peligroso, pasó de la noche a la mañana a convertirse en un ser piadoso y de extrema bondad.

Su historia nos la cuenta María Vallejo-Nájera en el libro *Un mensajero en la noche*, publicado recientemente.

Albert, huérfano desde chico, transcurrió su primera infancia de internado en internado. Trabajó, siendo aún un muchacho, como marinero en alta mar donde fue maltratado y violado varias veces. Ya en tierra firme pronto pasó a formar parte de bandas de delincuentes juveniles que se dedicaban al robo. Chaval despierto y de inteligencia poco común, se convirtió en el líder de su clan. Controlaba el tráfico de droga y de alcohol, del que no sólo fue señor sino también esclavo.

Scottlan Yard -la policía británica- lo capturó en un asalto a mano armada. Fue condenado a 25 años de prisión y recluido como altamente peligroso. Una noche que pasaba en la celda de castigo, por participar en una revuelta con navajas, recibió un puñetazo que le despertó. Ese golpe le cambiaría la vida. Ante él apareció una figura angélica que le dijo: «*Albert, el Señor te ha escogido. Desde ahora ya no le ofenderás más*». Quedó confundido y pensó que se había vuelto loco. Creía que el abuso de las drogas y del alcohol le estaba pasando factura.

Al primero que contó su experiencia fue al psicólogo de la cárcel. Éste, después de varios exámenes pudo comprobar con sorpresa que Albert se encontraba perfectamente en sus cabales. No supo qué aconsejarle.

La angustia de nuestro amigo encontró remedio en el capellán del centro penitenciario que le dio una Biblia. Así

este recluso que no recibió nunca la más mínima formación religiosa, ni jamás en su vida había escuchado hablar de Dios, sintió unas ganas enormes de conocerle. Su vida giró de un modo tan drástico que terminó sus días convertido en monje benedictino en un monasterio al norte de Londres. Esta historia, querido lector, te puede saber a invención hermosa. Yo pensaría lo mismo si no se la hubiera escuchado a la autora del libro. María, en sus páginas, recoge año y medio de intenso trabajo en el que Albert y ella nos pintan un cuadro desgraciado, duro y crudo; pero coloreado con una pincelada divina que lo convierte en una obra de arte.

[http://masalto.com/noticias/template\\_actualidad.phtml?consecutivo=6095](http://masalto.com/noticias/template_actualidad.phtml?consecutivo=6095)

(1 de 2)05/06/2005 11:30:18

Dios en la cárcel - masalto.com

Albert nunca lo llegó a contemplar, pues moría de un cáncer fulminante justo cuando la autora le daba los últimos retoques y preparaba la traducción al inglés.

*«Ya ves que me voy -le decía a María-. Yo no gano nada. Pero cuenta mi historia. Dile al mundo que Dios existe, que Cristo existe, que yo me lo encontré.»*

[buenasnoticias@arcol.org](mailto:buenasnoticias@arcol.org)

® Masalto.com es una Marca Registrada. Todos los derechos reservados.

Un Producto de DBrains Web Studio

[http://masalto.com/noticias/template\\_actualidad.phtml?consecutivo=6095](http://masalto.com/noticias/template_actualidad.phtml?consecutivo=6095)

(2 de 2)05/06/2005 11:30:18